

VIDAS DE MUJERES ILUSTRES

# JUANA DE ARCO



Industrias Gráficas

SEIX Y BARRAL HNOS., S. A. EDITORES

BARCELONA



## VIDAS DE MUJERES ILUSTRES

Juana de Arco

POR

**LUYS SANTA MARINA**

TERCERA EDICIÓN

Digitalizado por Triplecruz

I. G. SEIX Y BARRAL HNOS., S. A,

**EDITORES**

Provenza, 219-BARCELONA 1947

## ÍNDICE

PREFACIO .....	3
CAPITULO PRIMERO LA TIERRA Y LOS PADRES .....	5
CAPÍTULO II PRIMEROS AÑOS DE JUANA.....	7
CAPÍTULO III LA GUERRA.....	10
CAPITULO IV LAS "VOCES" .....	12
CAPITULO V SIRE ROBERTO DE BAUDRICOURT.....	16
CAPÍTULO VI BREVE OJEADA HISTÓRICA.....	21
CAPITULO VII LA CABALGADA HACIA EL DELFÍN .....	24
CAPÍTULO VIII ORLEÁNS.....	26
CAPITULO IX EL DELFÍN Y SU CORTE .....	33
CAPÍTULO X LA DONCELLA EN LA CORTE .....	37
CAPÍTULO XI LOS DOCTORES DE POITIERS.....	39
CAPÍTULO XII ARMAS Y BANDERAS .....	42
CAPITULO XIII LA ENTRADA EN ORLEÁNS .....	46
CAPÍTULO XIV JUANA LA VICTORIOSA .....	49
CAPÍTULO XV TAPIZ DE BATALLAS Y GLORIAS .....	59
CAPITULO XVI LAS DESILUSIONES: PARÍS, COMPIÉGNE.....	62
CAPÍTULO XVII EL "HERMOSO PROCESO".....	66
CAPITULO XVIII LA MUERTE .....	68
CAPÍTULO XIX VENERABLE, BEATA, SANTA.....	70
PAUTA DE LAS LÁMINAS .....	71

## **PREFACIO**

Si los ejemplos dados por los grandes hombres mediante sus vidas, constituyen, a juicio de todas las escuelas pedagógicas y desde los más remotos tiempos, un incomparable estimulante para la educación de la juventud, ¿por qué no han de coadyuvar al propio fin las vidas de las mujeres ilustres?

Quizás se haya olvidado más de lo debido la extraordinaria influencia que éstas ejercieron en la historia de la Humanidad. Y no solamente en los aspectos frívolos y brillantes de la vida, en las cortes suntuosas y en torno a los tronos deslumbradores, sino también en esferas que parecían reservadas a la exclusiva competencia de los hombres, y aun de los más esforzados.

Por naturaleza existe una distinción irreductible entre varón y mujer. Por tradición ininterrumpida en todos los pueblos civilizados del mundo, la mujer tuvo marcada siempre su área dentro del hogar, y el hombre se reservó el manejo de los negocios públicos. Mas ello no impide que en todas las épocas haya habido excepciones a esta regla general, y que así como muchísimos hombres, por no decir la mayoría, no han sido otra cosa que excelentes padres de familia, en cambio algunas mujeres se hayan encumbrado hasta los más altos planos de la santidad, el patriotismo, el deber social, e incluso el arte y la ciencia.

No es tampoco que estos casos se hayan dado tan sólo en los tiempos modernos, y en especial desde que se ha esparcido por el mundo ese movimiento de independencia de la mujer, conocido con el nombre de feminismo. La vida contemporánea es cierto que ha reducido su separación entre los sexos y ha dado a la mujer una creciente participación en las tareas que hasta hace poco estaban reservadas a los hombres. Hoy vemos mujeres abogadas, ingenieras, médicas, farmacéuticas, funcionarias públicas, empleadas de todas clases, en una proporción y con una competencia nunca habidas en el mundo. Hay, en una palabra, muchas mujeres en todas partes. Pero las grandes mujeres, las mujeres que merezcan el calificativo de ilustres siguen siendo cosa rara.

Esto prueba que la grandeza y el heroísmo del alma no tienen mucho que ver con la clase de vida que llevan los individuos humanos, sino que más bien obedecen a una excelsa categoría, a un don o facultad excepcional, individualísimos por excelencia, que en todos los tiempos han constituido, constituyen y constituirán una rareza. De ahí, por lo mismo, su ejemplaridad.

La presente serie de VIDAS DE MUJERES ILUSTRES obedece, pues, a nuestra convicción de que era preciso, para los fines educativos que perseguimos, completar nuestras tan celebradas *Vidas de Grandes Hombres* con los más altos ejemplos dados por la feminidad. Ambas series constituirán así una sola colección de VIDAS EJEMPLARES. y nuestro íntimo deseo, al completar con los de mujeres ilustres los modelos de humanidad aportados por los grandes hombres, es que nuestros jóvenes lectores hallen en el espejo de aquéllas el mismo acicate que por larga experiencia nos consta que encontraron en éstos.

Los EDITORES

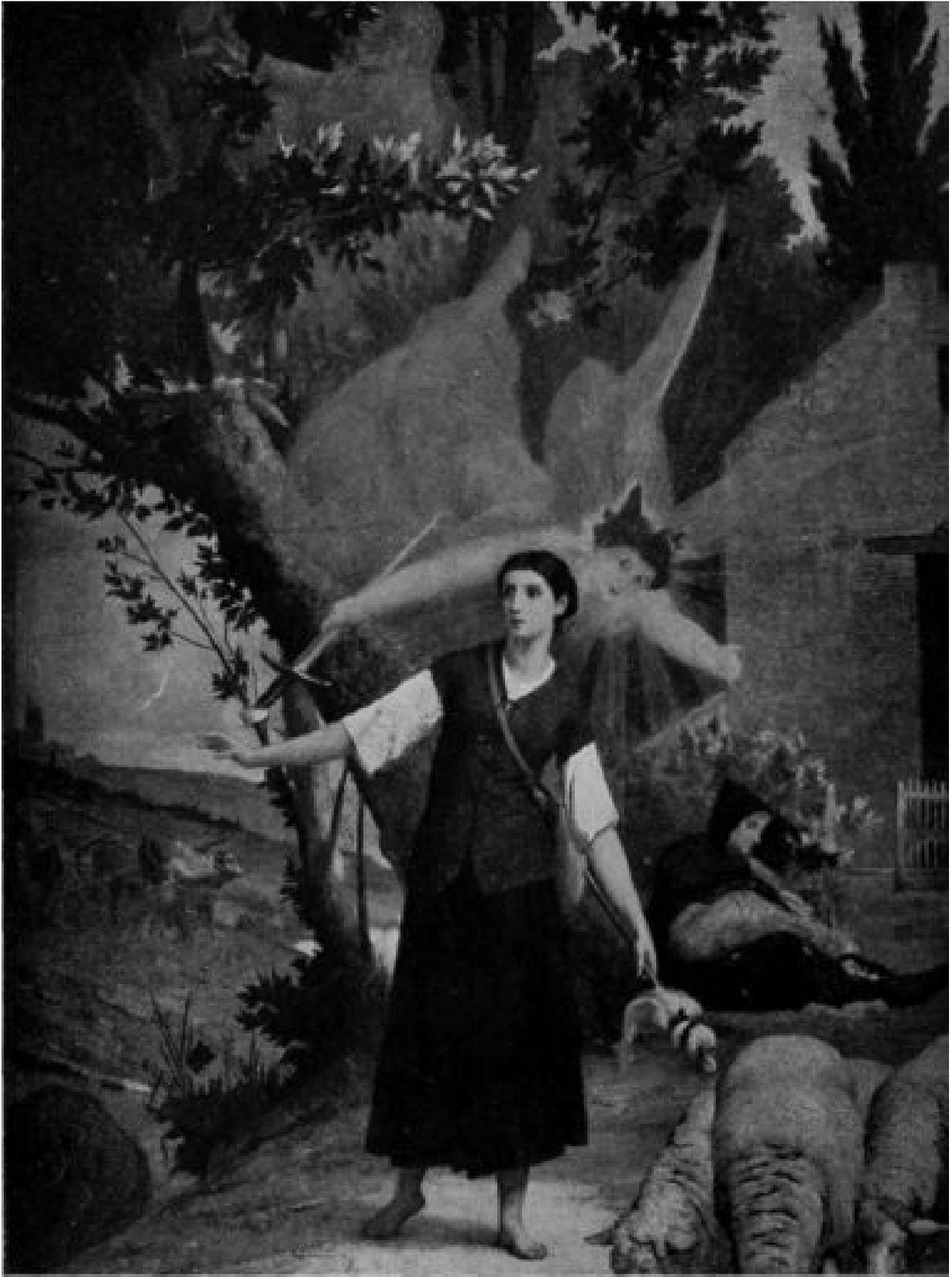


Ilustración 1. La visión de Juana de Arco (Fresco de Lenepreu, en el Panthéon. París)

## VIDA DE JUANA DE ARCO

### **CAPITULO PRIMERO La tierra y los padres**

Domrémy, en las "marcas (fronteras) de Lorena", era un puñado de casas de pinas techumbres rojas, olvidadas entre el verdor abundante. Corría a su vera el Mosa, pando, sin prisas, hacia su destino de mar gris allá en las pálidas dunas del País Bajo. Pero — ojos que no ven, corazón que no siente — nada sugería la inquietud marina, sino por el contrario, placidez, calma, biempasar: las truchas que saltan en la corriente, el viento que canta en los carrizales de las orillas.

Praderías, bosques de encinas abundando en bellota, tierra llana con lejos de alcores arbolados, cortinas naturales contra los excesos del tempero; país de promisión, pues, para la pastoría: rebaños de ovejas en los prados, piaras de puercos — riqueza primordial de la región — tenidos a montanera.

Comarca tranquila, apacible, algo así como una Extremadura adormecida por un clima húmedo e igual, sin el magnífico Sol de España dorando ruinas romanas y la gallarda estampa dramática de los toros en las dehesas desnudas. Más monotonía y más tranquilidad. Ya se sabe: una es el precio de la otra.

La fauna humana — hija de tal suelo—era tranquila, aplomada, substancial. Se nacía, se vivía enraizado en la tierra como una encina más, y se moría lo más tarde posible. Los refranes, que todo lo saben, dijeron aquí su oráculo: *Rarement mourir, ne jamais mentir*, que suena en castellano: "Morir de viejo, mentir nunca."

Y, como siempre, dijeron verdad. Tales eran la tierra y los hombres entre los que nació Juana la Doncella, quien parece— por contraste — haber reunido en sí todo el fuego, toda la inquietud ausentes en sus paisanos, pero sin perder la lealtad — virtud la que más resplandece en su breve vida — y la alegría franca, ingenua, de gente feliz — en lo que cabe — que no se preocupa ni poco ni mucho de las conveniencias.

Sus padres eran labradores con algún acomodo: unas tierrecillas y unos cuantos caballos y bueyes. Tenían cinco hijos que, en el campo, en vez de engorro son riqueza: tres varones y dos hembras. Juana nació la tercera.

Jacques d'Arc, el padre, era uno de los conspicuos del pueblo, con una cierta notoriedad de campanario. Procedía de Ceffons, en Champaña — tierras al oeste — y era hombre muy amigo de andar por caminos trillados: dos años antes de que su hija partiese para la corte del Delfín, y cuando él conocía ya de oídas los mandatos de las "voces" tuvo un sueño que no le hizo maldita la gracia: la vio marchar en compañía de unos guerreros. Al recordarse no se anduvo en chiquitas, contó el caso a sus hijos, y les dijo que si tal sucediera la abogasen en el río, porque si no lo haría él. En cierto modo se explica tal machada; la cosa — tomada por lo divino — era insólita: ¡una pastorcilla yendo a salvar al rey de Francia!, en cambio — a lo humano — demasiado frecuentes las *ribaudes*, mozas que seguían a los ejércitos, muy parecidas a las actuales "soldaderas" mexicanas... Así es que el hombre optó por el remedio heroico, como el vizcaíno: "para enderezar, cortar por curva". No se olvide que era champanes, y los tales tienen fama secular — y bien adquirida según parece — de no inventar la pólvora. Hay un refranillo que los pone en solfa: *Quatre-vingt-dix-neuf moutons et un champenois, cela fait cent bêtes*. ("Noventa y nueve borregos y un champanes, cien bestias.")

La mama ya era otra cosa. Se llamaba Isabel de Vouthon — nació en este lugar, cerca de Domrémy — y por sobrenombre o alias "la Bornee", la romera, que a ciencia cierta no se sabe si era tal o apellido, pues un probable coreano — primo hermano — de Juana, Nicolás — fraile de la abadía de Cheminon, y después su limosnero y capellán — se apellidaba Romee, y le decían "de Vouthon".

Parece, pues, indicar una cierta inclinación en la familia a las piadosas romerías y peregrinaciones, cosa muy corriente entonces, y que Isabel no desmintió, yendo a pesar de los riesgos de la guerra, al santuario de Nuestra Señora del Puy — unas cien leguas desde su pueblo — antiquísima y milagrosa Virgen morena, labrada en sicómoro por el profeta Jeremías, según la tradición, y que conservóse en el tesoro de los Soldanes de Babilonia de Egipto (El Cairo) hasta que san Luis la trajo a la vuelta de su primera cruzada. Al carácter religioso unía una acendrada lealtad a los reyes de Francia, y atraía a los peregrinos por cientos de miles.

El pueblo, incorregible socarrón, suele decir que las mujeres son siempre devotas de "santa María de la más lejos"— por aquello de las idas y las venidas—. Ni pongo ni quito rey, y quede el negocio en el aire.

Lo cierto es que era profundamente religiosa, y de gran ánimo. De ella quizá tuviese su hija el ímpetu y el gusto por la aventura que la hicieron entrañarse por lo maravilloso y salvar la comprometida independencia de Francia, o cuando menos volver la confianza en sí mismo al país — que no es poco — iniciando la serie de victorias que culminaron algunos lustros tras su muerte en la total expulsión de los ingleses.

## **CAPÍTULO II Primeros años de Juana**

Tierra, como se dijo, de clima igual, áspero en los inviernos, de cielo brumoso en demasía, que se aclaraba dulcemente por las breves primaveras y no muy largos estíos; gentes fuertes y duras, nutridas de vino tinto y pan moreno, acostumbradas a los rudos trabajos del campo y a una gran sobriedad, todo ello rodeado por un cinturón de bosques sombríos en que no faltaban jabalíes y lobos, y por otro más terrible, la guerra, fué el mundo en que creció Juana y donde se hizo fuerte y valerosa. Pero conviene no anticipar los sucesos.

Nació el año mil cuatrocientos — no se sabe a punto fijo si diez o doce — la noche de Beyes. Dícese que, sin explicarse la causa, las gentes del pueblo sintieron una gran alegría aquella vigilia, y no sólo fueron las gentes, pues también los gallos rompieron a cantar y hubo quiquiriquíes y sacudir de alas por más de dos horas... En cuanto a esto último, tal vez fuera que los aldeanos rondadores — pues la Epifanía se celebraba con gran fiesta en la comarca — despertaron a los crestirrojos, quienes, como es sabido, tienen ligero el sueño.

La casa de Juana — aun en pie, pero muy restaurada — estaba junto a la iglesia: separábalas sólo el cementerio. Era una pobre casuca con una o dos ventanas raquílicas y techado de pizarra de mucha vertiente, que por el lado del huertecillo con ribetes de jardín, tocaba casi al suelo. Junto a la puerta, como en todas las moradas aldeanas, la pila de estiércol, la leña y los aperos de labranza.

Poco se sabe de sus primeros años. Debió de llevar la vida de las niñas del campo: las haciendas caseras, algunos menudos trabajos de la tierra y zagalear a su hermanito Pierrelot, o séase Pedrín.

No fué a la escuela — la había en Maxey, pueblo inmediato y a ella acudían los chicos de Domrémy — sin duda por sobrar trabajos en su casa, y como era de esperar, no aprendió a leer; al final de su vida parece logró escribir su nombre, "echar la firma", como dicen los rústicos.

En todo lo demás debía de andar por el estilo: la madre la enseñó el padrenuestro, el avemaria y el credo. Iba a la iglesia con mucha devoción y oía en los días que repican gordo el sermón del párroco. Esto unido a las historias de santos y santas que entonces era uso referir en las precoces y largas noches de invierno, mientras se hilaba al amor de la lumbre.

Cuando fué un poco mayor, se encontró metida de hoz y coz en las labores del campo: cavar, plantar, escardar los sembrados, arrancar hierbas malas de los caminos del huerto, traer del bosque próximo la hornija — leña menuda — para el gasto de casa...

Y también pastorear ganados de toda laya: bueyes, caballos, ovejas, pues una vez recogidas las mieses, los lugareños echaban a pacer sus bestias en las praderías del copian, turnándose en la vigilancia, y claro es que su padre, ocupado en trabajos mayores, mandaría a Juana. La leyenda dice que cuando ésta los cuidaba, jamás robaron los lobos ninguna oveja, y que los pajaritos venían a comer en sus rodillas. No obstante ser oficio descansado, prefería ella estar en casa, haciendo la comida, cosiendo o hilando.

Y sin embargo no carecía de encanto la pradera y el bosque para una muchacha inteligente y alegre como era Juana — Juanita mejor, como la llamaban sus paisanos:

sólo fué Juana para la gente de Francia, que la conoció de mayor — pues como siempre iba con otros niños, armaban diversos juegos y se divertían mucho, los otros sobre todo, pues ella era algo retraída y le gustaba más ir a la iglesia del pueblo, consagrada a san Remy o Remigio, apóstol de las Galias.

Pero sobre todo sentía una gran devoción por la Virgen, y los sábados iba a la ermita de Nuestra Señora de Bermont, no lejos de su lugar, en un barranco sombreado de hayas, encima mismo de la fuente de San Teobaldo, fuente muy milagrosa que curaba las fiebres y cicatrizaba las llagas. Menudeaba las visitas, y cuando sus ahorrillos lo permitían, llevaba un cirio para alumbrar a la Virgen.

Clima húmedo, cruzado a mayor abundamiento por un río, creaba perenne y lozano verdor en la tierra. El arbolado era además copioso: robles, encinas, hayas, abedules.

Desde la puerta misma de la casa de Juana se divisaba una colina cubierta de monte alto. Se la rehuía un poco por temer a los lobos, harto abundantes. Era el *Bois Chesnu* (bosque de *chénes* o robles) o, según otra etimología, la "selva vieja", que más adelante tuvo gran importancia en la vida de Juana por haberle relacionado las gentes con una de las profecías atribuidas a Merlín, en la cual se hablaba de una doncella que salvaría a Francia.

En la ladera que miraba al pueblo, manaba una fuente entre groselleros silvestres, que la daban nombre: la fuente de los Groselleros, o de los Espinos Cervales. Decíase que a ella acudían las hadas, y de ahí su otro nombre: Fuente de las Hadas.

Y no era sólo a ese lugar. A un lado del bosque, no lejos del camino real, había una vieja haya de frondoso ramaje y gran sombra. Era querida y venerada y nadie hubiera osado despojarla para hacer leña: "tan hermosa es como los lirios", decían las gentes del contorno. Llamábanla el Árbol de las Hadas, Árbol de la Morada de las Hadas, y Mayo Galán (*le Beau-Mai*).

Unos, decían, las vieron allí los jueves, que eran sus días de reunión, otros que no, y algunos lo echaban a tiempos pasados: había habido hadas, sí, pero desde cosa de veinte o treinta años no habían vuelto.

Juana nunca las vio bajo el árbol, y en el fondo de su alma no las creía cosa buena. En iguales sentimientos abundaba el párroco, y la víspera de la Ascensión, al bendecir los campos, leía ante el "Mayo" el evangelio de san Juan que ahuyenta los malos espíritus, y lo mismo en la fuente de los Groselleros.



Ilustración 2. Casa de Juana de Arco en Domrémy (Fachada sur)

Pero los aldeanos seguían erre que erre — "costumbre buena o mala, el villano quiere que valga" — el cuarto domingo de Cuaresma, o sea el de *Laetare*, celebraban la fiesta de las Fuentes, reliquia tal vez del culto druídico o de las *Fontinalia* romanas, y se iban a beber a una fuente, señalada desde tiempo inmemorial, y pasaban el día de jolgorio, comiendo y danzando por los prados.

Los de Greux, iban a la Virgen de Bermont, y los de Domrémy a su árbol secular; le colgaban de guirnaldas de flores, comían en amor y compañía nueces, huevos duros y unos panecillos peculiares del día, y para terminar la fiesta echaban un trago en la fuente de los Grosellers, bailaban en corros, y a la tardecita marchábase cada mo-dmelojí su olivo. Era creencia firmísima entre ellos que quien bebiese en la fuente, y se paseara en seguida bajo Mayo Galán, curaba las fiebres.

Juanita seguía la costumbre: bailaba, bebía en la fuente y tejía guirnaldas de flores, para adornar unas veces al árbol y otras a la Virgen de su parroquia.

Y por si algo faltaba en el pueblo, decíase que no lejos de la frondosa haya había una mandragora — raíz- que simula una tosca forma humana, empleada mucho en la vieja nigromancia — que daba la riqueza a quien lograrse arrancarla de la tierra...

Todas estas fábulas cuajaron en ganarse las gentes de Domrémy fama de brujos y de comerciar con el diablo, fama que perjudicó mucho a la Doncella, pues más a menudo de lo que parece arde verde por seco, es decir, pagan justos por pecadores.

### **CAPÍTULO III La guerra**

"El ajuar de la frontera, dos estacas y una estera." Así dice el refrán, y se comprende. Aun sin la guerra interminable que sostenían Francia e Inglaterra, las comarcas fronterizas estaban expuestas a incursiones más o menos peligrosas y justificadas, pero desde luego muy frecuentes.

Ingleses, borgoñones, loreneses, barenses, todos talaban la tierra cuando la ocasión llegaba, pues amén de la lucha entre la rosa de Láncaster y las uses de Valois, había un semillero de querellas entre los señores, reyecillos inquietos que estaban siempre a quién queda encima.

Gente de ¡líbrenos Dios! eran los duques de Lorena y los de Bar, y otros señoretos de menor cuantía y manas de lobo aun en aquellos tiempos en que corría por doquiera como oráculo aquello de "quien tiene lanza en puño, tiene lo ajeno y lo suyo". Los guerreros de las marcas de Lorena se llevaban la palma en la cristiandad en lo de ser los mayores ladrones. Con que no había que dormirse. Sin metáfora : los labradores escondían sus caballos de día — no fuese que cambiaran de dueño — y durante la noche trabajaban las tierras como Dios les daba a entender.

Los más pudientes de Domrémy, hicieron lo único al alcance de su mano: alquilar un castillo abandonado próximo al pueblo — le llamaban "de la Isla", por estar entre dos brazos del río — para guarecer en él sus rebaños tan pronto como apercibieran a aquellos bárbaros. Jacques d'Arc y Juan Biget, sé quedaron con el arriendo, dando parte de él a otros cinco, entre ellos Jacquemin, hijo mayor del primero.

Montaban guardia en el campanario de la iglesia, y en cuanto el atalayero veía lanzas por los caminos, daba un furioso baladro con un cuerno y lo más de prisa que podían ponían en salvo a sus bestias entre los viejos muros feudales.

Pero ni aun así escaparon. Uno de tantos capitanes de banda — Henry d'Orly — llegóse a Domrémy y Greux, y como es consiguiente se alzó con el santo y la limosna, que a eso se iba, y los infelices destripaterrones estuvieron a pique de morir de hambre.

En fin, esta vez salió verdad aquello de que Dios aprieta pero no ahoga. Por mediación de madama Juana de Joinville — la señora que les había arrendado el castillo — consiguieron la restitución, que no fué mediante buenas razones, sino "por mor" de los linternazos que repartieron entre los robadores unos caballeros del conde de Vaude-mont...

Sería cosa de nunca acabar el referir las desventuras del pueblo francés de entonces. Y no sólo del pueblo, sino también de la clerecía, la cual salvo excepciones — que las había, y buenas, como los obispos de Metz y de Verdún, que constantemente tenían con la mosca en la oreja a sus vecinos—era de instintos pacíficos, y por ende pagaba los vidrios rotos, recibiendo insultos y atropellos un día sí y otro también de aquella banda de caifases.

Y de nada valía exponer al Papa tales desafueros. Aun estaba por resolver el gran Cisma de Occidente, y además los feudales de entonces eran empecatados y no cesaban en sus fechorías y rapiñas mandáralo quien lo mandare.

¡ Cómo extrañar, pues, que en monasterios y en aldeas se recordaran casi como

un cielo perdido los tiempos de paz en que vivían contentos y seguros a sombra de los reyes de Francia, quienes serían buenos o malos — que de todo hay en la viña del Señor—, pero siempre infinitamente mejores que aquella peleona caterva que les oprimía y les sacaba hasta los tuétanos!

Y a mayor abundamiento — entonces que la religiosidad estaba muy arraigada, sobre todo en los pequeños — la sombra de san Luis — español por parte de su madre, Blanca de Castilla, tía carnal de san Fernando—parecía protegerlos, el buen rey que bajo el roble de Vincennes dirimía las querellas de sus súbditos, a lo Salomón, modo tal vez el mejor, y desde luego el más rápido y barato.

Y como quienes combatían — y vencían — a estos cristianísimos monarcas eran los ingleses, en ellos descargaba el comprensible odio del pueblo. Sus motivos tenían, aparte de lo expuesto. Por lo pronto se habían metido en casa ajena y ocupaban la Normandía, el Maine, Picardía y la Isla de Francia, con París, que según los doctores coetáneos era el corazón del cuerpo místico de Francia.

Además pecaban de crueles y duros con los vencidos, y sus barbaridades — harto frecuentes en tirios y troyanos — se agigantaban al mirarlas con malos ojos. Buenos bebedores y tragones consumados, arramblaban con las mantenencias de los pueblos, quienes callaban por fuera, pero otra les quedaba dentro. Y como de la panza sale la danza, no era nada extraño que tras las francachelas surgiesen camorras, reniegos, etc. No se les caía el *God dam!* (¡Dios me condene!) de los labios, y hételos bautizados a la francesa: los "godons". Jugando con las palabras, de "anglos" (en latín ingleses) hacían "ángeles", y como, naturalmente, ángeles buenos no podían ser, tenían que serlo malos. Conque ya se sabía: inglés y diablo eran lo mismo. Y hasta se afirmaba que tenían rabo. Uno y otro se ha dicho muchas veces: aquí, de los soldados de Napoleón, cuando la francesada; y en América, allá por la independencia, de los "realistas" — o sea españoles — y particularmente del regimiento de Talavera, que dejó sus pecadores huesos en Rancagua.

Bromas aparte, eran temibles. Robaban, talaban e incendiaban casi por gusto, pensando como uno de sus conspicuos reyes que "guerra sin quemazón es embuchado sin mostaza", y se conoce que al hombre le gustaban los sabores fuertes. Además tenían buena garganta y excelentes pulmones: cuando daban su grito de guerra — el famoso "¡ hurra!" — resultaba tan tremebundo que, en oyéndolo, los buenos burgueses de Francia, salían por pies sin mirar para atrás y no se encontraban seguros hasta tomar el olivo tras las murallas de su villa natal. Se conoce eran como aquellos siete sastres del cantar alemán, que se espantaron de un caracol cuando sacó los cuernos al sol.

## **CAPITULO IV Las "voces"**

El gran torbellino de la guerra lo arrastraba todo y absorbía los ánimos, digan lo que digan quienes pretenden circunscribirla — en cierto modo — a la nobleza y las bandas mercenarias. Ambas eran quizá las que menos sufrían; primero, porque era su oficio y hacia ella habían orientado todas sus actividades; segundo, porque sabían muy bien nadar y guardar la ropa. Kesumen, que era un rudo deporte, provechoso las más de las veces, pues casi siempre se reducía a un juego de rescates, que el vencido y prisionero pagaba como podía, esperando se cambiaran las tornas un día u otro.

Además, que en tiempos revueltos ya se sabe es la fuerza la única ley, y la fuerza estaba con ellos: poco habría en los países esquilmados, pero ese poco era suyo, así es que fácilmente se comprende que ninguna prisa tuvieran por terminar la pugna.

El pueblo y el clero ya eran otra cosa, querían la paz y, sobre todo, querían ver lejos a los ingleses y los borgoñones. Y la historia ofrece la prueba: mientras los La Hire, Dunois, Alençon, Talbot, Glasdale, etc., hacían la guerra calmosamente y con el menor riesgo y la mayor ganancia posibles, Juana sentía una angustia, un ansia por terminar de una vez y cuanto antes, como si fuese a faltarle tiempo (y efectivamente, le faltó) para realizar su obra; parece como si una voz la repitiera cada día: ¡anda, anda! ¡quien tiempo tiene y tiempo atiende <sup>1</sup>, tiempo viene que se arrepiente! ¿Y en quién halló su apoyo principal la Doncella? No fué en la nobleza sino en el pueblo—de donde procedía — y en el clero, pueblo también en su mayor parte. (Con la particularidad de que fueron las órdenes mendicantes sus más seguras valedoras.)

Pues sí, la guerra lo invadía todo. Noticias buenas o malas — más malas que buenas — llegaban a Domrény, traídas por peregrinos, frailes que iban de convento a convento, hombres de armas, troteros o correos de a caballo, vivanderos y mercachifles de toda laya. Los ánimos se exaltaban y se discutía a trochemoche. Y naturalmente, los crios hablaban de lo que oían a los mayores, y zalagardas no faltaban.

Domrény, ya se dijo, era francés acérrimo — o traducido a personas, que es como entonces se veían estas cosas — partidario del delfín Carlos; Maxey, borgoñón, o del duque Felipe, llamado el Bueno, cualquiera sabe por qué, pues de bueno no tenía un pelo. Los rapaces de Domrény "estudiaban" — es un decir—en la escuela de Maxey; naturalmente que a las entradas y salidas se batía el cobre y a mayor gloria del Delfín y del Duque se repartían mojicones y patadas a porrillo. A veces la cosa pasó a mayores — siempre entre gente menuda, pues papas y mamás estaban muy a bien con sus huesos — y hubo homéricas "pedreas campales", con el consiguiente saldo de cabezas rotas y otros desperfectos.

Nada de particular tendría que Juanita tomase parte en tales algaradas; ya se sabe que era fuerte y decidida, y sobre todo tenía para la guerra eso que suele llamarse buen ojo clínico, es decir hacerse cargo en seguida de las cosas y caer como un rayo allí donde hace falta. Cuando mandó tropas de veras, nunca le marró en las empresas grandes, exceptuado el ataque a París, y no por culpa suya.

Nada dicen las historias — y es lástima — de tales proezas, pero si no se quiere

---

<sup>1</sup> Espera, pierde.

suponer su cooperación activa en la trifulca, por lo menos se exaltaría su ánimo viendo volver la gloriosa mesnada infantil, llena de descalabraduras, y cojicojea, pero con el orgullo del triunfo — o cuando menos de la resistencia corajuda — en las miradas.

Tono férvido, tono de guerra penetraba su vida... Y un día de verano, Juana, oyó por primera vez las "voces".

Hay dos versiones — bellas ambas — de cómo fué el suceso.

Tenía trece años, cuidaba las ovejas con otras amiguitas en las praderas comunales, el día era alegre y el cielo muy azul.

Las ovejillas, hartas ya, mordisqueaban perezosamente las hierbas, andando a la flor del berro — que parece ser es la que más les gusta — por la orilla del Mosa y como no daban quehacer, las niñas pensaron un juego: una carrera a ver quién llegaba más pronto a la punta del prado; el premio una pina de flores, narcisos amarillos, primaveras, jacintos, margaritas, flores de trébol, que se llaman también de pan y vino...

Juanita tenía buenas piernas, y corrió que volaba; un chiquillo que la vio pasar se lo dijo a gritos: "¡Juana, parece que vuelas sobre la tierra...!" Las dejó muy atrás, tanto que las rivales abandonaron la empresa. Llegó a la meta, cogió el ramo y tendiéndose en la hierba a descansar un poco, quedó arrobada y distraída — *rapta et a sensihus alienata*—. Y de pronto, un muchacho a su lado la dijo:

— Juana, vete a casa que tu madre te llama.

Creyó sería su hermano o cualquiera otro chico, y se apresuró a volver. Al rato, la encontró su madre y preguntóla extrañada por qué había dejado solo el rebaño.

— ¿No me mandasteis a buscar?

— No.

La niña se supuso había sido una jugarreta de sus compañeros, y volvía otra vez a sus ovejas, cuando una nube brillante pasó ante sus ojos, y escuchó una voz:

— Vengo de Dios para encaminarte hacia el bien. Juanita, sé buena y Dios te ayudará.

Se quedó estupefacta, pensando sería una ilusión, y no se lo contó a nadie.

Según la otra versión, fué también un día estival, en el jardincillo tras la casa paterna, a la hora del mediodía. Quizá cantaba el ruiseñor en el soto como en la vieja canción infantil:

*Sur la plus haute branche*

*le rossignol chantait.*

— *Chante, rossignol, chante*

*toi qui as le coeur gai...*

*Il y a longtemps que je t'aime,*

*jamáis je ne t'oublierai...*

("En la quima más alta  
cantaba el ruiseñor.  
— Canta, ruiseñor, canta,  
alegre el corazón...

Ha mucho que te quiero,  
no te olvidaré, no...")

y Juana vio una claridad muy intensa a su derecha, hacia la parte de la iglesia, y oyó la "voz" que la exhortaba a ser buena, y le prometía la ayuda de Dios. Tuvo al principio miedo, pero le fué perdiendo las sucesivas veces que la hablara, pues como siempre la aconsejaba obrar bien y frecuentar la iglesia, creyó que verdaderamente venía del cielo.

A las "voces" sucedieron las apariciones. Fué la primera el arcángel san Miguel, quien probablemente se le manifestó como un gentil guerrero cubierto de resplandecientes armas, tal cual suele representarle la cristiandad.

Era el santo arcángel protector de la gente francesa. Desde 1419 iba pintado en las banderas del delfín Carlos, alta la espada desnuda, en ademán de matar la sierpe, y gracias a su intervención milagrosa — según corría la fama — habían sido derrotados los ingleses, que atacaban con sus ejércitos y sus naves la abadía-castillo de Monte San Miguel en los Peligros de la Mar...

Se le apareció rodeado de ángeles, anunciándola que pronto vería a santa Margarita y santa Catalina, quienes la guiarían por el camino de la virtud. Tan bellos eran, tanto bienestar se gozaba a su lado, que Juana sintió una gran tristeza cuando marcharon y hubiera querido irse con ellos.

La niña, desde las primeras apariciones, tornóse más sosegada, más juiciosa, no danzó más en los prados, frecuentó la iglesia y los sacramentos, hizo cuantas caridades le fué posible, y tan completo fué su cambio que desató las burlas de sus antiguos compañeros de juegos.

San Miguel cumplió pronto su palabra. Santa Margarita y santa Catalina vinieron a visitar a Juana: vestían como las reinas, ceñidas las frentes por ricas coronas cuajadas de piedras preciosas, sus ropas derramaban un olor delicado; saludaron a la niña con cortesanía, haciendo gentiles reverencias y habláronla con voces dulces y atrayentes.

Ambas santas eran muy populares en Champaña, Lorena y el ducado de Bar. Santa Margarita — que tenía su imagen en la iglesia de Domrémy — protegía las labores campestres, y santa Catalina a las jovencitas, en particular las hilanderas y las sirvientas; en la parroquia de Maxey veneraban su simulacro, y la hermana mayor de Juana llevaba su nombre. Era además abogada de los prisioneros francoescoceses, quienes, cuando libertados, acostumbraban a colgar exvotos en su iglesia de Fierbois.

Desde la primera visita que la hicieron, juróles guardar su virginidad hasta que Dios fuese servido.

Menudearon sus visitas: todos los días, y a veces varias veces por día; la

hablaban siempre con cariño y la llamaban hija de Dios. Juana se abrazaba a sus rodillas y cuando partían, besaba la tierra que habían pisado.

Con frecuencia aparecíansele en el jardín de su casa, otras junto a la fuente, o por los campos, y aun en medio de sus amiguitas, si bien sólo visibles para ella.

Las oía entre el susurro de los árboles y al son de las campanas parroquiales, siempre dulces y consoladoras, exhortándola a la virtud.

San Miguel, tras la venida de las santas, era más raro de ver. Pero no la había olvidado. Y un día hablóla de "la gran cuita del reino de Francia".

Y desde entonces, las santas dijéronla que era menester dejase su aldea y marchase a las tierras del rey cristianísimo, de cuyos dolores se compadecía el Señor.

A Juana le parecía imposible la empresa.

— Soy una pobrecilla que no sabe ni cabalgar ni guerrear— les respondía.

Y hacía más intensas sus devociones: la misa diaria, la comunión frecuente, las visitas más asiduas a Nuestra Señora de Bermont. Pero las santas insistían:

— Hija de Dios, toma el estandarte del Rey del Cielo, tómale intrépidamente y Él te ayudará.

La Doncella veíase por un momento a la cabeza de granadas huestes, tremolando el estandarte de Dios, que se apiadaba al fin de "la gran cuita del reino de Francia".

Otro día el arcángel la dijo:

— Hija de Dios, tú llevarás al Delfín a Reims, para que allí sea dignamente consagrado.

Era cosa cabal: su pueblo tenía por patrón a san Remigio, el santo tutelar de Francia, el que ungió al rey Clodoveo con el olio traído por el Espíritu Santo — olio que guardábase en una ampolla en la iglesia mayor de Reims, también vocada a san Remigio. Por un momento todo le pareció liso y llano. Pero vuelta a la realidad, palpaba lo imposible del empeño.

— Soy una pobrecilla... no sé ni cabalgar ni guerrear...

Dotada de un sólido sentido común, resistíase a aquellos consejos que le parecían quiméricos. En nadie encontraría apoyo, sino burla, y guardó para sí su secreto, como san Francisco de Asís.

Cinco años duró la pugna. Las santas y el arcángel persistían en su empeño, y prometíanle la ayuda de Dios... Y entretanto, las cosas del reino iban de mal en peor. Se hablaba de un probable ataque inglés a Vaucouleurs, para ganar la plaza y someter los pueblos de su castellanía, entre los que se contaba Domrémy... Dos meses antes que tal sucediera, Juana cortó el angustioso nudo de sus dudas: iría a Francia.

Fué una verdadera hombrada si se considera su carácter tranquilo y apacible, que nada tenía de bronco ni violento: ni era un marimacho ni una tarasca. Una vez dijo que prefería ser descuartizada por potros cerriles a embarcarse en aquel negocio.

## **CAPITULO V Sire Roberto de Baudricourt**

Ya decidida, surgieron montañas de obstáculos. ¿En quién buscar arrimo? ¿A quién dirigirse? A sus padres, ni hablar; Juana no se olvidaba — por la cuenta que le tenía— del sueñecito de su papa, y su madre, aun dado que la creyese, nunca se atrevería a oponerse a su marido...

En cuanto a quién dirigirse, la cosa no tenía duda: tratándose de socorrer al Delfín, el indicado era el capitán que defendía su bandera en aquellas tierras: sire Roberto, castellano de Vaueouleurs, a cuatro leguas de Domrémy... ¿pero cómo llegar a él?

Juanita era lista — hasta los jueces que la condenaron tuvieron que reconocerlo — y además la necesidad hace cucharas... Se acordó de que en un pueblecillo, Burey-en-Vaulx, entre Vaueouleurs y Domrémy, vivía una prima y tocaya, casada con Durand o Durando Lassois, que era un bendit-o... Y se fué a pasar unos días con ella.

A poco de llegada comenzó la campaña. No le costó mucho convencer a Durand; le contó el caso, y como titubeara, le recordó la profecía — muy corrida por todo el país — que al alborear el siglo hizo María de Aviñón:

"Francia, desolada por una mujer — Isabel de Baviera, madre del Delfín — será restaurada por una doncella."

Durand pensó que no arriesgaba cosa: unos cuantos gritos del capitán — que tenía pocos aguantes — y echarles escaleras abajo tratándoles de locos, como efectivamente sucedió.

Sire Roberto de Baudricourt, era desde hacía catorce años alcaide de Vaucouleurs y baile de Chaumont, prebendas heredadas de dos tíos difuntos. Noble a cuatro vientos, en cuanto pudo con las armas, peleó en los bandos de las marcas lorenasas; tal vida le curó de espantos y le hizo astuto y madrigado: sabía pegar firme y ganar amigos, es decir, usar del pan y del palo. A veces guerreaba por el Delfín y a veces por su cuenta, pero procurando ir en unas y en otras a golpe seguro, lo mismo que en sus dos matrimonios, ambos con viudas ricas.

Con tal galán tenía que habérselas Juanita, y con la agravante de no estar el horno para bollos, pues se cernía sobre él la tronada de una acometida inglesa contra su tierna y castillo.

Pero, ¡quién dijo miedo!, la Doncella, con su gurrumino rodrigón y su traje rojo remendado, se le plantó delante y le dijo de buenas a primeras:

— Vengo a vos de parte del Señor, para que digáis al Delfín se abstenga de presentar batalla a sus enemigos, pues el Señor le enviará un socorro allá por Carnaval. (Marzo de 1429.)

La carcajada debió de oírse desde el puente levadizo. ¡ Conque irle al Delfín con mensajes celestes transmitidos por una patanal... En eso estaba pensando... ¿Y era ella la que iba a llevarle el socorro, y en Carnaval? A juzgar por el traje, bien pudiera ser...



Ilustración 3. Puerta de Francia, en Vaucouleurs, por donde salió Juana de Arco para ir a la corte del Delfín

Y les mandó que se fueran por donde habían venido, no sin aconsejar a Durand

volviese a la chica a casa de sus padres, después de darle unos buenos soplamocos.

Y para su colete pensaba que recomendarle prudencia al delfín Carlos era llevar agua a la mar y leña al monte: otra cosa podríale faltar, pero lo que es prudencia...

Juana volvió a su casa sin perder ánimos a pesar de aquel jarro de agua fría. La aventura se divulgó por el poblacho. Se la señalaba con el dedo burlescamente: "Esa es la que restaurará Francia y su sangre real."

La tormenta esperada descargó. Antonio de Vergy, gobernador de Champaña, y su hermano Juan, cayeron con mil hombres de armas sobre la castellanía de Vaucouleurs, y naturalmente no dejaron estaca en pared.

Huyeron las poblaciones aterradas de Greux y Dom-rémy y se refugiaron en la villa de Neufchâteau, dos leguas - más allá, pero ya en tierras del duque de Lorena, y por ende a cubierto de barrabasadas.

Dos semanas pasaron allí Juana y sus padres, al volver lo hallaron todo en escombros, casas, huertas, mieses, hasta la iglesia y su campanario, que tan útil les era para atalayar la contornada.

Y ¡bien venga el mal si viene solo! Los ingleses parecían decididos a terminar. Atacaban a Orleáns con el santo propósito de echar a los franceses al otro lado del Loira.

La empresa contra la plaza fué muy mal mirada por los juristas y los hombres buenos de entonces: era un desafuero con todas las de la ley. Los britanos habían, tiempo atrás, hecho prisionero a Carlos de Orleáns — el duque poeta — y teniendo su cuerpo, debían respetar sus bienes...

Ya, ya. ¡Irlles con esas triquiñuelas a los ingleses!... Positivistas como siempre, hicieron orejas de mercader y comenzaron las obras del sitio, porque Orleáns les convenía: tal como estaban las cosas era el corazón de Francia.

Juana, entretanto, ansiaba ver de nuevo a sire Roberto. Santa Margarita y santa Catalina exhortábanla a diario, impulsándola hacia su misión. Y el pretexto para volver a Burey se presentó: su prima iba a dar a luz y fué a asistirle.

Cuando salía del pueblo — al que no tornó más — se despedía de sus convecinos y de sus amiguitas:

— ¡ Adiós, Gérard; adiós, Menguette! ¡ Me voy a Vau-couleurs!

Y, a Roma por todo, volvió a ver al jovial castellano. Las cosas no estaban como antes. Baudricourt había capitulado, a primero de agosto, con Antonio de Vergy, si bien la plaza estaba aún por entregar, pues era una de tantas rendiciones a término, que no regían de recibir socorros los rendidos antes del día de la entrega.

Otra vez frente al capitán, repitió Juana su mensaje sin turbarse con el recuerdo de los pasados donaires de sire Roberto. Ahora afirmó concretamente que Dios la enviaba para levantar el sitio de Orleáns y llevar al Delfín a consagrar a Reims.

Baudricourt la escuchaba silencioso, sin burlas esta vez, y sin que la cólera— como en su fuero interno temía Durand— se le subiese al campanario, porque aun a los más enteros les amansa la desgracia. Pero dudaba, era un caso tan extraordinario que temía, dándole crédito, desprestigiarse ante la corte.

Quedó la cosa en suspenso, pero Juana no se alejó de la villa. En su iglesia de Santa María, en una cripta en que se veneraba a la Virgen con el título de Nuestra Señora de la Bóveda, pasábase horas y horas en oración. Allí se le aparecían las

santas, incansables en animarla.

Y como en los pueblos todo se sabe, pronto fué cosa corriente y moliente el empeño de Juana; labradores, villanos, hidalguillos, soldados, todos le comentaban según su caletre y sentir, unos en pro, otros en contra: saca tu pleito a concejo y unos te dirán blanco y otros te dirán negro.

Sin cuidado le tenían a Juanita tales controversias. Decidida a ir a Francia, nada en adelante la disuadiría. Antes lo temía más que ser despedazada por potros cerriles, ahora:

— Es necesario vaya donde el gentil Delfín, es la voluntad del Rey del Cielo. Aunque tenga que ir arrastrándome de rodillas, iré.

Dos personas estaban abiertamente a su lado: un hidalgo lorenés casi cuarentón, Beltrán de Poulengy, y un hombre de armas de sire Roberto, Juan de Novelompont, llamado por todos Juan de Metz, lorenés también, frisando la treintena, con alguna pecunia y un carácter vehemente. Ambos, es de creer, trabajaban la partida con el alcaide, pero éste seguía en sus cogitaciones, perfectamente lógicas, sin decidirse a dar un paso.

A Juan de Metz le ardía la sangre de impaciencia, y un día que topó con Juana, le dijo en son de reproche:

— ¿Qué haces aquí, amiga? ¿Vamos a consentir que echen al rey del reino y a nosotros nos hagan ingleses?

Y como le contase con pena cuántas dificultades había, la cogió las manos:

— Yo te prometo, Doncella, que Dios mediante y con su ayuda, te llevaré ante el Rey. ¿Cuándo quieres partir?

— Hoy mejor que mañana, mañana mejor que al otro día...

El guerrero había tropezado con la horma de su zapato: al fin ambos eran loreneses, gentes de sangre caliente, violentos, poco amigos de vacilaciones.

Y pensaron en los pormenores del viaje, largo y por país cuajado de enemigos. Una mujer en tales pasos era un estorbo y un peligro. Juan la aconsejó vistiese de hombre. A ella le pareció bien, así iría más segura; lo del traje, por otra parte, la importaba poco o nada. Santa Catalina de Sena, cuando tenía diez y siete años, pensó hacer lo propio para ingresar en un convento de la orden de predicadores.

Obstáculos desconocidos, fáciles de suponer retrasaron la partida. Entretanto sire Roberto rumiaba en su magín el caso inaudito de una pastora obstinada en socorrer al rey de Francia. Había en ello algo de extraño, y como no se juzgaba competente en cosas de tejas arriba, decidió consultarlo con mosén Juan Fournier, párroco de Vaucouleurs, quien, por si el-diablo andaba en la conseja — que todo pudiera ser — decidió exorcizarla; y dicho y hecho, los dos se presentaron en la casa donde vivía Juana.

Ésta, naturalmente, ni huyó del agua bendita, ni retorcióse dando alaridos, como es de rigor en esos casos. Por el contrario, se arrodilló sumisa a los pies del sacerdote. Visto lo cual comprendieron su error, y al sire se le quitó un gran peso de encima: Pateta nada tenía que ver en el asunto.

Pero pasaba el tiempo y Juana se consumía en su forzada ociosidad. A fines de enero (1429) no quiso esperar más, y vistiendo un traje de Durand Lassois, y en su compañía y la de Jacques Alain, un convecino, partió para Francia. Sin embargo,

andada poco más de una legua, la Doncella decidió retornar a la villa, y sus acompañantes la obedecieron: no era así cómo ella debía ir al Delfín.

Pero todo no le iba a salir mal. Una circunstancia imprevista vino a apoyar sus planes. Un mensajero real llegó al castellano con la mala nueva de la derrota de Kouvray, en que el condestable de Escocia y el señor de Orval fueron deshechos por los ingleses: es la famosa "Batalla de los Arenques". Ya se hablará de ella; tratábase de meter un convoy de víveres en Orleáns, y fracasó sangrientamente la intentona. La ciudad se perdía sin remedio, y una vez dueños de ella, era un juego para los anglos ganar Tours, Blois y Chinon: todo lo que le quedaba al Rey, como quien dice.

Ante tales andanzas, sire Roberto salió de dudas: ¿qué importaba un fracaso más?, ¿qué mal podía seguirse de enviar al Rey la pastorcilla obstinada en salvarle?, ¿qué se riesen de él los cortesanos?... No estarían para muchas risas tras tales desventuras...

Ya iba a partir, por fin, Juana... Pero su fama creciente la hizo perder unos días: Carlos, duque de Lorena, quería verla y la llamaba a Nancy. Y allá fué la Doncella, poca cosa, veinte y pico leguas a caballo.

Monseñor — viejo y achacoso — se empeñó en hacerla médica, es decir, en que le diese algún remedio para su salud precaria. Ella le dijo que no sabía nada de esas cosas pero que pediría a Dios su curación. El duque le regaló un corcel negro y algunos dineros, que no le vendrían mal, pues debía tener muy pocos.

Casi en cuanto volvió, partió para Chinon, donde estaba el Delfín. La acompañaban el mensajero real—Colet de Vienne — un arquero llamado REicardo, Beltrán de Poulengy y Juan de Novelonipont, que pagaron los gastos de viaje. ítem más, dos criados de éstos.

Se había cortado el pelo en melena — igual que los donceles — y portaba calzas y jubón, becoquín y espuelas como un paje.

Cuando iba a salir en su caballo negro por la puerta de Francia, sire Roberto la entregó una espada, dando una recia voz:

— ¡Ve, y venga lo que venga!

Y se oyó de muy lejos, porque era hombre de gran resuello.

## ***CAPÍTULO VI Breve ojeada histórica***

La guerra llamada de los Cien Años, tuvo como todas las cosas humanas sus altibajos. Pero desde que recayó la corona en Carlos VI, fué de mal en peor para Francia. Su creciente locura, con raros intervalos lúcidos, le iba sumiendo día a día en la idiotez. De hecho gobernaba su esposa, Isabel de Baviera, apoyada por el hermano menor del monarca, Luis de Orleáns — padre de Carlos del que ya se ha hablado y del famoso Dunois —. Era galante y manirroto, y siempre que podía enseñaba las uñas a los ingleses, a los que ganó diversas plazas. Se le acusaba de haber malficiado al Rey, quien cuando estaba en su sano juicio, pedía protección a su deudo y vasallo Juan Sin Miedo, duque de Borgoña, vasallo que tenía dominios tan extensos y ricos como su señor.

Orleáns, para sus prodigalidades, cargó algo la mano en los impuestos a la villa de París, coyuntura aprovechada por el borgoñón para hacerse una aureola de popularidad oponiéndosele.

La rivalidad entre ambos se enconó, y como eran grandes, arrastraron parciales. Medieron familiares y amigos y hubo una reconciliación aparente. Ambos comulgaron juntos el sábado, 20 de noviembre (1407); juntos también cenaron el martes... y el miércoles a la noche Orleáns fué asesinado por los partidarios de Borgoña, quien se curó en salud huyendo a Lille.

La sangre suele atraer sangre. Se dividió el reino en dos bandos: los orleanistas, capitaneados por Bernardo, conde de Armañac — de quien tomaron el nombre — y los borgoñones. Los armañacs eran gentes meridionales, del Loira para abajo, veros franceses, en tanto que entre los soldados de Borgoña, predominaban los naturales de Flandes, de Hainaut y del Artois o Nueva Borgoña, todos de habla alemana.

Fué una guerra enconada y estéril, de escaramuzas y sorpresas, sin claro vencedor. Borgoña llamó en su ayuda a los ingleses (1411). Enrique IV se limitó a enviarle algunas tropas, mas su heredero, Enrique V, reivindicó las ancestrales pretensiones de Eduardo III al trono de Francia — origen de la guerra de los Cien Años —, pasó al continente y batió a los franceses en Azincourt con gran estrago. Apoyaba además sus derechos en estar casado con Catalina, hija de los reyes cristianísimos. Pero su único fuero era la fuerza, pues amén de haber un hijo varón — el delfín Carlos — regía en el reino la ley sálica — que no admite hembras en el trono — y Catalina no era la primogénita de las hijas.

En mayo y junio (1418), los borgoñones, a una con la plebe de París, cazaron como a alimañas a los soldados de Bernardo de Armañac. El Delfín escapó a duras penas de la carnicería, que fué espantosa, y se refugió en Bourges.

Tratóse una reconciliación (1419) entre él y Juan Sin Miedo. Se concertó la entrevista en el puente de Montereau. Ambos príncipes iban acompañados de partidarios. Durante las vistas se agriaron los ánimos. El duque echó mano al puño de su espada, pero en un momento rodó acribillado de heridas.

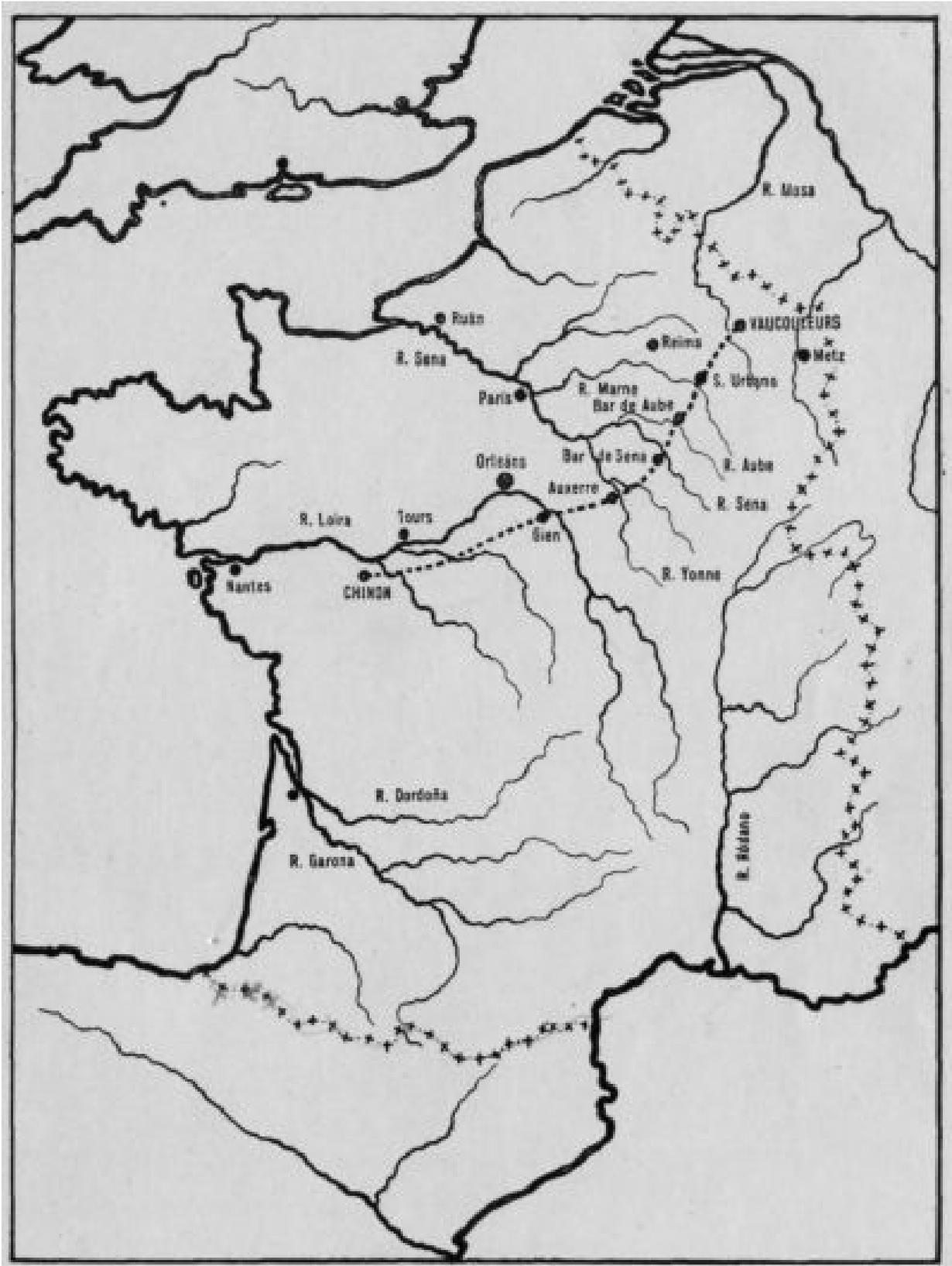


Ilustración 4. Itinerario de Juana de Arco en su viaje de Vaucouleurs a Chinon

Sucedióle en la Borgoña su hijo Felipe el Bueno, quien, según las costumbres de entonces, heredó con el ducado la venganza. Sagaz político, robusteció su amistad con los ingleses, para proseguir más a sus anchas aquella guerra inacabable, llena de

falsías y celadas.

El pobre Delfín era el rigor de las desdichas. Hasta su madre le traicionó y desheredóle por el tratado de Troyes (1420): a la muerte del triste rey demente, Catalina y Enrique reinarían en Francia. Achacóle además — y tal vez con razón — la muerte de Juan Sin Miedo. No es de extrañar, pues, que el infeliz anduviese huido, ocultándose de su mismo pueblo en remotos castillos.

Poco le duró la alegría a Enrique y no mucho más la locura a Carlos: ambos murieron dos años después, con breves semanas de intervalo. Tenía el rey difunto dos hermanos; los dos fueron regentes de su hijo Enrique, niño aun. El uno, Humphrey, duque de Gloucester, gobernó la Inglaterra; el otro, Juan, duque de Bedford, las conquistas de Francia.

Bedford, la mejor cabeza quizá de ambos campos, procedió con suma habilidad. Casóse con Ana, hermana del duque de Borgoña, reforzando así los vínculos con este país, y prosiguió la guerra. Hubo de todo: los escoceses — aliados de Francia — ganaron la batalla del puente de Baugé, gran desastre inglés vengado en Cravant (30 julio 1423). Un año después (17 agosto 1424), se repitió la suerte en Verneuil, donde cayeron casi todos los auxiliares escoceses. Tras esta hecatombe, el Delfín huía sin rumbo fijo de ciudad en ciudad, de castillo en castillo, pasando de las exaltaciones religiosas a los placeres... Y en tanto, la comarca al norte del Loira se consumía en la trágica hoguera de la guerra. Aquel triste verano fué cuando las "voces" hablaron a Juana "de la gran cuita del reino de Francia".

La enemistad con el duque de Gloucester llevó a Felipe el Bueno a tratar con el Delfín una paz, paz que nunca llegaba y reducíase a falaces treguas que ambos partidos violaban cuando les convenía. Reinaldo de Chartres — arzobispo de Reims — viendo difícil expulsar a los ingleses a punta de lanza, recurrió a separar de su partido a Borgoña. No iba mal encaminado, pues sin ella no podía Inglaterra mantenerse en Francia. Pero no contaba con Felipe el Bueno, un zorro que iba a lo suyo y nada más. Le convenía que Inglaterra y Francia se deshiciesen en la pugna, y a río revuelto acrecentar sus dominios, así es que ni reñía del todo con unos ni se amistaba con los otros, y era una incógnita peligrosa para ambos.

Juana vino a deshacerle el juego, y por eso cuando sus tropas la aprisionaron la entregó — la vendió, mejor dicho — a los britanos sabiendo muy bien que la quemarían. Pero no le valió, la semilla estaba echada: nada de paces con Borgoña; sacudir duro a los ingleses hasta echarlos a sus islas. Y así se hizo. Juana, como el Cid Campeador, ganó batallas después de muerta.

## **CAPITULO VII La cabalgada hacia el Delfín**

Ir de Vaucouleurs a Chinon es pasar como quien dice Francia de lado a lado. Unas 150 leguas. Viaje penoso, malas sendas, ríos que con las lluvias iban fuera de madre, tiempo rudo de invierno... Y no era esto lo peor, sino la guerra. Estaban los campos cuajados de bandas de armañacs y de angloborgoñones, que tanto montaba para el caso, pues todos eran a cual peor, y caían como la langosta sobre amigos y enemigos en las encrucijadas y las salidas de los caminos.

No era, pues, grano de anís la empresa a que se arrojaba la Doncella con su minúscula escolta, aventurando la vida por aliviar la pena de su rey, y puestas sus confianzas en Dios.

... Pero también con el mazo dando. No había que descuidarse, porque cuando la aventura es loca, el aventurero debe ser cuerdo. Caminaban de noche, por senderos desusados, entre los bosques, pisando la húmeda seroja, azotados por el viento aquilonar y frío... Se evitaban los castillos hostiles y los lugares guarnecidos del enemigo.

Para los guerreros compañía de Juana, aquello era el pan nuestro de cada día; desde que nacieron no habían hecho otra cosa. Duchos en ardides, llegaban hasta entrapajar los cascos de los caballos para evitar ruidos delatores...

En la primera jornada, a sol puesto, se alcanzó la abadía de San Urbano, a orillas del Marne. Aldabearon sus puertas hospitalarias, y en la hospedería hicieron noche. Contaban de antemano con buena acogida: el abad, Arnaldo de Aulnoy, era deudo de sire Roberto.

Otro día de mañana, Juana y los suyos oyeron la misa principal o conventual, y después, ¡a caballo! Pasaron el Marne por el puente frontero al monasterio, comodidad gozada por última vez, pues como sus jornadas eran a salto de mata y rehuyendo caminos reales y calzadas, tuvieron en adelante que vadear cuantos ríos toparon: el Aube, el Sena, el Yonne...

Según ya se dijo, caminaban de noche y con sigilo. Dormían breves horas en el lleno del día, sobre paja o en el santo suelo, sin aliviarse apenas de las armas. Juana tendíase vestida entre Beltrán de Poulengy y Juan de Metz, los más formales de la cuadrilla.

Buen humor, eso sí, no faltaba. Guerreros por naturaleza y por gusto, despertaban cada mañana un poco extrañados de estar vivos aun, y entrábales tal júbilo con aquel crédito de un día más concedido por la suerte, que les retozaba la alegría en el cuerpo, y como de algún modo se tenían que desahogar, daban bromas pesadas a Juana, para pasar el rato riendo su susto. Gritaban.:

— ¡Ahí están, ahí están!... ¡Los "godons", los "godons"!... ¡Ahí vienen!...

Y volvían grupas fingiendo pánico.

Juana los creía a pies juntillas, pero no se acobardaba:

— No corráis... ¡En nombre de Dios! que no nos harán mal...

Así una y otra vez, hasta que se cansaron. Comprendieron que perdían el tiempo y que la aldeanita estaba curada de espantos. Cesaron entonces las burlas, porque además no estaba el horno para bollos: los peligros eran cada vez mayores, y

los "godons" u otros compadres de su parigal podían venir muy bien hasta sin ser llamados...

Seguía la marcha nocturna bordeando las laderas de arbolados montes, bajo el pálido lunar y la estrellería; cruzábanse los campos anieblados al filo del alba... Se comía lo que se topaba, y con buen aire; claro es que ni gallinas ni aves regaladas: queso duro, mohoso pan de hordio, parvos tragos de vino tinto, tras breve jaculatoria: "Quien bendiga a la Madela, bendiga nuestra cena..." Y el corto sueño receloso, y la espera inquieta a que acabase el día, y luego el cauto cabalgar... ¡ Gracias a Dios que las noches de invierno son largas!

Así día tras día, avadaban los ríos uno tras otro, cruzaban tierras y tierras... Por fin llegaron a Auxerre. Juana pudo oír misa en la iglesia de San Esteban: ganas tenía, era su mayor pena durante todo el viaje.

De Auxerre a Gien — ciudad ribereña del Loira — no hay mucho andar y lo hicieron cómodamente en una jornada. Ya estaban en tierras del rey de Francia; atrás, a sol saliente, quedaban los enemigos entre los que habían caminado 75 leguas, cosa que a la prudencia de todos pareció tentar a Dios, sin comprender que Juana se regía por nortes diferentes.

Pero no cesaron los peligros. La fama creciente de la Doncella la dañó. Noticiosos de que la enviaban al Rey, algunos hombres de armas forrados de bandoleros, tendieronla una emboscada: sus planes eran claros, apresarla, meterla en un hoyo, taparle con una piedra, y lo más substancioso, pedir un buen rescate que el Rey de fijo pagaría, puesto que la mandó traer a su corte.

Afortunadamente fracasó, y Juana y los suyos llegaron sin novedad a Fierbois, donde tenía — enclavado en floresta — un templo santa Catalina. De los muros del santuario colgaban exvotos de cadenas y arneses, que los prisioneros francoescoceses, libres por intercesión de la santa, la ofrecían en sus peregrinaciones.

Desde allí hizo escribir al Rey — pues ella no sabía— avisándole de su llegada, contando el suceso del viaje, y ludiéndole anuencia para visitarle en sus palacios de Chi-non. Sin esperar respuesta emprendió el camino. Llegó a la villa el 6 de marzo, cuarto domingo de Cuaresma, tras once días de jornada. Collet de Vienne — el trotero real — ducho en posadas, la alojó en un hostel bien afamado, no lejos del castillo.

La tragedia iba a comenzar. ¡Adiós vida pasada! Ya nunca más sería Juanilla la de maese Jacques. Nadie aquí conocía sus parvuleces, ni sus retozos y audacias de pechecilla... Nimbábala una leyenda milagrosa: era la Doncella que salvaría a Francia.

## **CAPÍTULO VIII Orleáns**

Quede Juana ante los muros reales, pues conviene ir río arriba en el tiempo, poca cosa, unos meses, para mirar de cerca y desde sus inicios el sitio de Orleáns, revelación de la Doncella y principio del fin de los ingleses en Francia.

¿Cómo se resolvió intentar la empresa? Sólo Dios lo sabe, pues el duque de Bedford — la persona que mejor debía saberlo — nunca lo supo. Ciertamente que él trajo de Inglaterra, el año antes (1427) un buen ejército, diez mil hombres, bien guarnido de artillería mayor y menor, y como aun no le parecieron bastantes — y con razón — milord Salisbury activó cuanto pudo la recluta al otro lado de La Mancha durante toda la primavera. Naturalmente que las tropas no se levantan para estar mano sobre mano, como mujer de escribano. Pero siempre se pensó en Angers. Sin embargo, hubo en París junta de capitanes, Salisbury Talbot, Scales, Suffolk, y de allí brotó la idea contra el deseo de Bedford... Fué un mal negocio, y alguno de sus impulsores dejó allí los huesos, pero no disparate, sino terrible necesidad. La situación de los ingleses en Francia devenía por momentos crítica; eran pocos, la tierra vasta y esquilmada, sólo a fuerza de audacia y victorias fulminantes podían conservar su prestigio de eternos vencedores. Triunfaban siempre, o casi siempre. No osaban los franceses combatirlos sino con abrumadora superioridad numérica y ni aun así... Y sin embargo, perdían la guerra.

Eran pocos para atacar a Orleáns, bien fortificado y con un ancho río delante, pero los hombres son para las ocasiones y había que jugarse el todo por el todo. Sin la intervención de Juana, se salen con la suya. Y naturalmente ni Salisbury ni Talbot pensaban en milagros al echar sus cuentas.

Ya se dijo fué muy mal mirado—por los franceses, naturalmente— el ataque a Orleáns, estando prisionero Carlos su duque... Escrupulos de Micifuz y Zapirón. No hacía mucho que cautivo también Alencon, los britanos conquistaron su ducado... Orleáns habíase salvado de la guerra hasta entonces mediante un tributo — desde 1424 a 1426 — y porque los ingleses tenían pocas fuerzas. En cuanto se creyeron con bastantes, se la fueron encima. Universidad, obispado, rica en contratación e industrias, era la mejor ciudad que quedaba al Delfín; ganada ella, caerían sin esfuerzo Blois, Tours, Poitiers... Como dice el Evangelio, donde el cuerpo estuviere, allí se juntarán las águilas; sir Tomás Montaigu, conde de Salisbury y del Perche y primo de Enrique VI, la arremetió con sus cinco mil aguiluchos, que en poco tiempo habían expugnado cuarenta villas y castillos enemigos. Ni eran muchos ni pocos; la ciudad tenía entonces quince mil almas, que se doblaron al refugiarse en ella la gente de los alrededores.

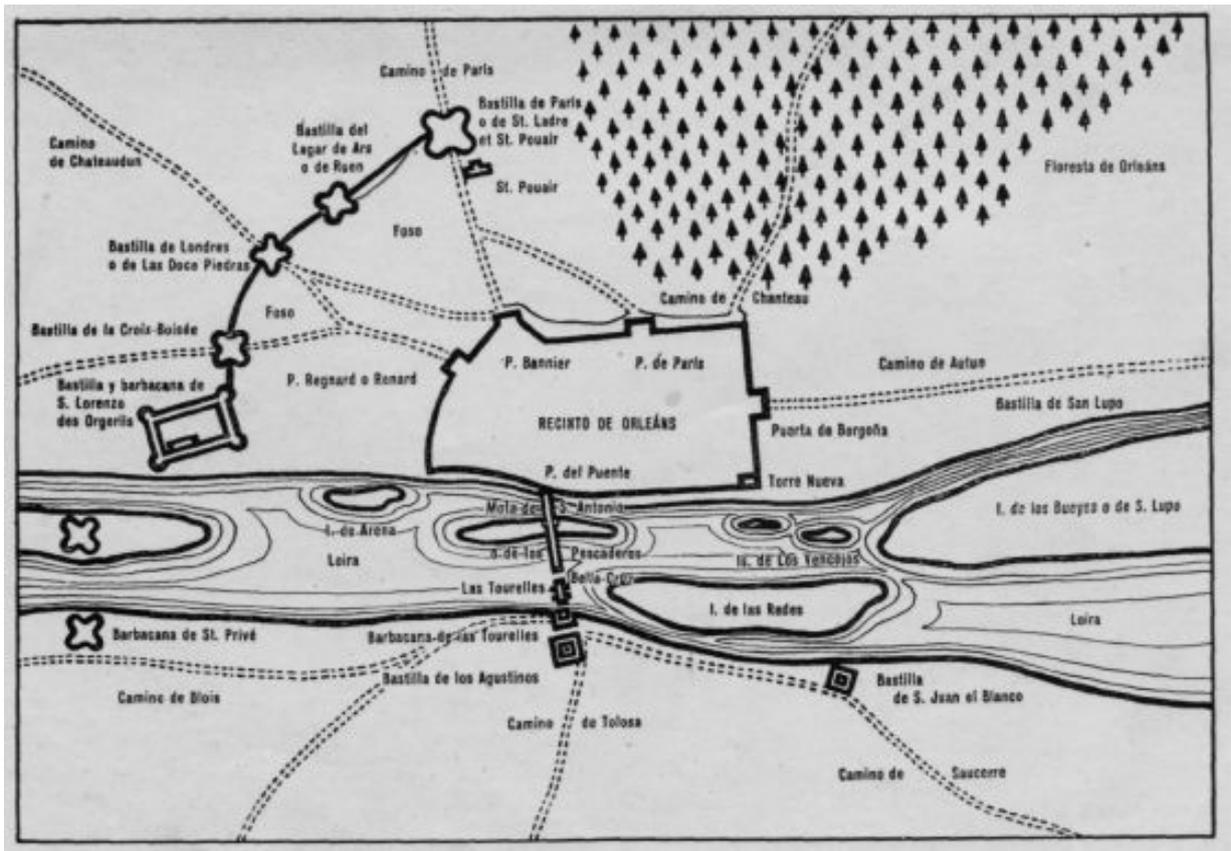


Ilustración 5. Plano del sitio de Orléans

Comenzó la fiesta el 12 de octubre. Los ingleses emplazaron a su sabor la artillería, que era una maravilla para el tiempo: seis grandes pedreros de hierro, capaces de lanzar balas hasta de 45 centímetros de diámetro; catorce cañoncillos de cobre llamados *oiseleurs* — pajareros, cazapájaros— que arrojaban piedras de dos libras; treinta y pico piezas diversas y diez y seis cañones de mano, es decir, enormes mosquetes cellados de hierro. Munición abundante de plomo y de piedra; saetas, arcos de repuesto, paveses — enormes escudos de madera que cubrían casi del todo al combatiente — nada faltaba... Los isleños gastaron con mano larga: 666 libras, 13 chelines y 6 peniques. Quedan las cuentas.

Pero los franceses no se quedaron atrás. Orléans estaba bien ceñida por sólidas murallas — de 13 a 33 pies de altura desde el fondo del foso, lleno de agua del Loira — coronadas por treinta y cuatro torres. Buena artillería, gente no faltaba, capitanes tampoco: Dunois, La Hire y Poton de Xaintrilles, que no eran ningunos ranas y habían dado a los "godons" más de un disgusto... Y hasta los burgueses y la menestralía de la villa, que hacían a pluma y a pelo y lo mismo despachaban una tercia de lana o unos escarpines cairelados, que largaban un virote al más guapo, desde encima de la muralla, que en este mundo hay que saber nadar y guardar la ropa...

Y no se anduvieron en chiquitas; para que el enemigo no pudiera arrimarse, a cubierto a los muros, derribaron todas las casas y hasta las iglesias arrabaleras. Éstas no del todo, porque eran muy sólidas, y sus ruinas fueron utilísimas a los sitiadores... Parecían decirles el refrán: *ce n'est pas mande pour vos oiseaux* ("no es carne esta para vuestros halcones") o más a lo vivo: "la verás, pero no la catarás"...

Y aparte del entusiasmo patriótico y del amor a su rey, el temor les hostigaba a pelear como buenos. De la tropa que tenían enfrente había que esperarlo todo. Los grandes escaparían aflojando la bolsa para un crecido rescate, pero los hidalgos y los del estado llano ¡ay de ellos!... La hacienda, *volavérunt* desde luego, y la vida pendían del capricho del triunfante: que Salisbury o Talbot estuviesen de mala vuelta, y no quedaba títere con cabeza. (Es decir, con cabeza, sí, porque solían ahorcarlos, o tirarlos al río metidos en un saco.) Como se ve, la cosa era para dar ánimos a cualquiera. Se acopiaron víveres — hasta para dos años — flechas, cobre, plomo, azufre y salitre... Los dos heraldos de la villa — Orleáns y Corazón de Lis — bajaron hacia el sur, hacia el Borbonesado y el Languedoc, invitando a los guerreros profesionales y a los aventureros desperdigados aquí y allá para defender la ciudad, con promesa de paga larga y buenas mantenencias.

Pronto acudieron capitanes de banda curtidos en la guerra contra el inglés con sus gentes, no muy católicas, pero a las que nadie hizo ascos entonces: los Villars, los Chaumont, los Saintrilles o Xaintrilles, y un español de cuenta, don Matías de Aragón. Como en todas las guerras nacionales, se daban sin regatear vida y bienes, y no faltaron tampoco los clérigos que colgando los hábitos alistaron partida.

Así las cosas, desde Joinville envió dos heraldos Salis-bury intimándoles a la rendición. Atendiéronles los de la villa cortésmente, les alojaron en el hostel de la Manzana, a qué quieres boca, como suele decirse, les ofrecieron un presente de vino — era famoso el de Orleáns — para el mi-lord... Pero en lo de entregar la ciudad, nones.

Y como el chubasco se mascaba, recurrieron con letanías y rogaciones a sus santos patronos Euberto y Añoño, que en vida fueron sus obispos.

El 12 de octubre, como ya se dijo, descargó en forma de un cañoneo enérgico, en que las bolas de piedra menudearon sobre la villa con gran quebranto de tejados, paredes, etc., y muerte de una comadre que vivía cerca del río. No fué mucho para lo que se esperaba.

Poco después, la artillería de los maestros Filiberto de Moslant y Guillermo Appilby, deshizo doce aceñas sitas junto a la Torre Nueva. No se amilanaron los burgueses, y para no quedarse sin harina al faltarles aquella molienda, construyeron intramuros once tahonas, o sean molinos movidos por caballerías.

El ataque inglés se dirigía de Sur a Norte, desde la orilla izquierda del Loira a la derecha en que se emplaza Orleáns, y recayó como era de suponer en el hermoso puente de piedra de diez y nueve arcos, orgullo de la ciudad. Su quinta arcada apoyábase en la isleta llamada Mota de San Antonio o de los Pescaderos, donde había una capilla dedicada al santo y un castillete de igual nombre. Tocando casi la ribera izquierda —en la arcada decimoctava — dos torrejoncillos unidos por una bóveda defendían la entrada del puente. Se les llamaba las *Tourelles*; delante, y en tierra firme ya, había un recinto murado, llamado la Barbacana de las Torrecillas.

El 21, los ingleses las asaltaron. Les fué mal. Unos pocos soldados y las milicias ciudadanas les rechazaron con pérdida; duró cuatro horas la zambra, en la que intervinieron con denuedo las orleanesas, pasando de mano en mano tantos calderos de agua caliente, ascuas y aceite y sebo hirviendo, y con tal prisa, que no daban abasto a recibirlos los "godons" sobre sus pecadoras testas y costillas.

"Más vale maña que fuerza", pensaron 1-os chamuscados, y dos días después cayeron los defensores en la cuenta de que a la chita callando les habían minado el fuerte. Hubo que abandonarle y también el castillejo de los torrejoncillos, que nada

valía contra los cañones. Pero antes se construyó en la arcada oncená — en el lugar llamado de la Bella Cruz, por una de bronce dorado que había — un fuerte de tierra y empalizadas, y se cortó el puente dos arcos más adelante.

No se hicieron esperar mucho los ingleses: el 24, domingo, se entraron de rondón en las *Tourelles*, hicieron un bastión de tierra y fajina, y quebraron otros dos arcos, uno delante y otro detrás de la obra.

Por la tarde milord Salisbury subió a una de las torres con William Glasdale, se asomó a la ventana para ver la ciudad, pensando por dónde hincarle el diente, pues la quería, según su costumbre, tomar por asalto.

Pero el hombre propone y Dios dispone; una bala contraria dio en las jambas de la ventana, y una piedra desprendida al golpe, en la cabeza de sir Tomás; le sacó un ojo y le llevó media cara. Tres días después moría en Meung de Loira. Sus hombres lo sintieron porque era un capitán experto y feliz en la guerra.

Se dijo que el tiro le disparó un niño, y que el lord soñó la noche antes que un lobo le despedazaba. Se dijo también que un famoso estrellero había predicho su muerte. De ser así no debió quedarse calvo por el augurio: los capitanes de entonces no solían morir en la cama, y lo mismo que él cayó sir Juan Talbot — el Aquiles inglés — y William Glasdale.

Al otro día de esta muerte, entró en la ciudad Juan, el Bastardo de Orleáns, lugarteniente general del rey, después conde de Dunois. Traía ochocientos hombres y capitanes de chapa, entre ellos el gran La Hire. Los orleaneses podían estar contentos, y lo estaban.

Los britanos, por el contrario, habían perdido ánimos. El invierno se echaba encima, las deserciones fueron cosa corriente... Por otra parte, en la estación mala nada podían hacer contra la villa. Ketiraron sus tropas a lugares más convenientes y no muy lejanos: Meung y Jargeau. Quedaron sólo en las *Tourelles* quinientos normandos bajo las órdenes de milores Moleyns y Poynings, pero de hecho mandados por William Glasdall o Glasdale — al que los franceses llamaban Glacidas — hombre del Norte y buen soldado, a quien no asustaban fríos ni combates.

Buena ocasión se perdieron los sitiados — si tal puede llamárseles — de recobrar el castillete perdido y exterminar sus defensores. Sin embargo, ni siquiera lo intentaron, quizá — y es lo más probable — no lograran entenderse los capitanes, quizá el prestigio de los ingleses — incólume aun — les tuviera a raya; lo cierto es que se contentaron con destruir del todo 1-os arrabales de la ciudad a la vista de los enemigos, que los dejaron hacer, impotentes por su parte para emprender nada.

El primero de diciembre llegó a las *Tourelles* sir John Talbot con trescientos hombres y alguna artillería, que emplazada prestamente inició un violento bombardeo. La plaza contestó, y de firme, pues tenía setenta piezas de diversos calibres, y un maestro lombardero, llamado Juan de Montesglere. El tal Montesclaros, amén de ducho en su arte, era un socarrón de marca. Con una culebrina talludita hacía estropicios a porrillo en las obras y aun en el individuo de los ingleses, y como no siempre se va a estar serio y es conveniente darse un verde entre dos azules, maese Juan, en cuanto una de las peladillas venidas de ultra río caía cerca de él, hacía la mortecina, como la zorra del cuento, y sus compinches, muy bien ensayados, le cogían en brazos con gran sentimiento y le llevaban a la villa. Sentimiento que les sabía a gloria a los ingleses, y creyéndole muerto o malherido, daban zapatetas y cabriolas de puro gusto... Su gozo en un pozo: maese Juan "resucitaba" como Lázaro, y la empecatada culebrina seguía haciendo de las suyas a más y mejor.

Así continuaban las cosas, sin grandes percances ni presuras. En Navidad hubo una tregua, y William Glasdale, que a pesar de ser un tanto violento y algo mal hablado como se verá, tenía también su alma en su almario, y se acordaba del *home* como cualquiera, pidió a monseñor Juan le enviase una tropa de ministriles para celebrar las Navidades con cantos y villancicos... Y allí fueron los músicos orleaneses con sus sacabuches y trompetas bastardas. Los Tomies y los Billies, se divertieron de lo lindo, y el jolgorio se oyó desde la ciudad... Acabada la Pascua, acabada la tregua; cada mochuelo a su olivo y zambombazos por los aires.

El final de año vio una notable maniobra inglesa: el conde de Suffolk y Talbot, llegaron con dos mil quinientos soldados por la orilla derecha del río, y tras un serio combate con los exploradores de la plaza, construyeron un campo fortificado muy capaz, con barbacanas y castillo en San Lorenzo des Orgerils, no lejos de la puerta de la villa llamada de Kegnard o Renard, y casi enfrente, en la orilla izquierda, una barbacana en el lugar llamado Saint-Privé, y otra entre ambos puestos, sobre una isleta del Loira.

A un tiro de ballesta de San Lorenzo, construyeron la barbacana o bulevar de la Oroix-Boisée, y más hacia el Norte la de las Doce Piedras, que llamaron de Londres. Quedaban así cerrados los caminos de Blois y de Mans. .

Estas obras molestaban algo a Orleáns, pero no impedían la entrada de tropas ni de víveres, pues sólo vigilaban — y en parte — la zona Sur y Oeste. Las escaramuzas no cesaban, pero siempre con poca pérdida.

Diversas veces atacaron los ingleses la puerta Regnard, donde el muro era menos sólido, pero sus intentos — hartos desmayados — se rechazaban fácilmente por los defensores. No iban bien para ellos las cosas. Los meses pasaban y la situación seguía la misma, con la agravante de estar los sitiadores peor que los sitiados, debido a sus escasos víveres y a sus pésimos refugios contra los fríos del invierno. Pero la guerra es un constante azar, y cuando menos se esperaba, la ineptitud y petulancia de un jefe francés proporcionó a su bando una tremenda derrota que elevó la moral de los enemigos, tanto como deprimió la de los orleaneses. Fué como sigue.

A los llamamientos del Rey acudió a Blois a primeros de febrero la nobleza de Auvernia, con sus mesnadas bajo las órdenes de Carlos de Borbón, conde de Clermont o Claramonte, un barbilindo de escaso caletre y menos bríos, como cumplidamente demostró. Se le unieron allí las gentes del Borbonesado, y más tarde el Bastardo de Orleáns, que salió de esta ciudad con doscientos hombres de armas, al saber que sir John Falstolf traía de París un convoy para los sitiadores. Mandados todos por Clermont, partieron hacia Etampes para cortarles el paso. El 11, abandonaron la ciudad con el propósito de unirles mil quinientos soldados con ilustres jefes, entre ellos sir William Stuart—hermano del condestable de Escocia — La Hire, Saintrilles y el propio Bastardo, que fué a recogerlos.

Al otro día llegaron a Rouvray, y de mañanita, los hombres de La Hire y Saintrilles vieron venir pian pianito por el camino de Etampes a los "godons", que sin pensar en nada malo arreaban pacíficamente una procesión de carretas bien provistas. Vivos de genio, los gascones de ambos capitanes, quisieron agarrar la ocasión por el copete y caer sobre los descuidados... En mal hora se impuso la disciplina a tan buen propósito y pidieron órdenes a Clermont que aun estaba muy lejos... La respuesta no tardó mucho: — Calma, mucha calma, que allí estaba él... No mover ni pie ni mano.

Obedecieron a regañadientes, pensando que quien pierde punto — momento, instante — pierde mucho, sobre todo en la guerra... Tenían razón; mientras paso tras paso se acercaba el conde más glorioso que un Santiago, sir John, perro viejo, se olió la tostada y salió del trance como hombre probado.

Dispuso en cuadro las trescientas carretas, trabadas con cadenas, y encerró allí su caballería. Fuera, detrás de una empalizada de estacas puntiagudas y de picas con el hierro hacia el enemigo, colocó a sus arqueros.

Viendo el peligro crecer por momentos, Guillermo Estuardo perdió los estribos y cargó temerariamente con sus escoceses, quienes, sin metáfora esta vez, quedaron en la •estacada. Y él con ellos... Fué una locura a todas luces, que los ingleses aprovecharon bien: soltaron su caballería y no quedó uno para contarlo.

Los del gran Claramonte exploraban denodadamente mientras tanto las copiosas despensas de Rouvray... Sólo el Bastardo acudió al socorro con cuatrocientos soldados, y se ganó una herida. Pero los anglos se pasaron de listos, o de confiados — ya es viejo que en la confianza está el peligro— y Poton y La Hire, que los vieron deshilados por el campo, cayeron sobre ellos con unas veintenas de jinetes, cobrándose en lo posible el daño recibido.

Clermont llegó tarde, como puede suponerse, y viéndolas mal dadas, se apresuró a ganar Orleáns. Le-seguían todos los suyos y los pocos francoescoceses que escaparon de la matanza; de zagueros, La Hire y Saintrailles, con cien ojos en las bastillas inglesas para evitar cualquier desavío.

Tal fué la famosa batalla de Rouvray, en que Falstof, con mil doscientos hombres y cargado de bagajes, derrotó a más de seis mil franceses. Llamáronla los britanos con su tradicional humorismo la "Batalla de los Arenques", por ser las grandes banastas de ahumados malacopterigios las que más padecieron en su campo durante la jornada. Sir John llegó sin resistencia a las bastillas dos días después con su convoy: como la Cuaresma se echaba encima, se componía casi sólo de los supradichos pescados. Los "godons" no eran malos chicos del todo, y cumplían con el precepto.

Al otro día del desastre dejó Clermont la villa con sus gentes; le siguieron — si bien para volver con refuerzos y socorros — La Hire y Coulant, almirante de Francia, tal prometieron al pueblo, que los veía partir con tristeza y rabia, seguidos de dos mil guerreros.» Y cumplieron, andando el tiempo, su palabra. Quedó el Bastardo, dando el pecho a todo. Pero el socorro tan cacareado y del que tanto se prometían unos y otros, había fracasado trágica y estúpidamente.

Entonces comenzó de veras la angustia y la incertidumbre de los habitantes. Viéndose abandonados recurrieron a la negociación. Poton de Saintrailles y dos jurados de la villa fueron enviados a Felipe de Borgoña, pidiéndole la tomase bajo su protección hasta que los horizontes guerreros se aclararan.

Entre tanto el sitio seguía; los ingleses cavaban un foso para ir seguros desde su nueva bastilla París — que dominaba el camino de ésta — a la Croix-Boisée, y no se pudo impedir. De nada valían los afanes de maese Juan el culebrinero, quien siempre que podía cazaba ingleses, y uno de tantos días atinó a tumbar a lord Gray, sobrino del difunto Salisbury... No probaban los aires de Orleáns a la familia, estaba visto.

Pero llegó una noticia, un rumor extraño traído por quién sabe quién: una pastora llamada Juana la Doncella venía a la corte desde las marcas de Lorena... Decíase que levantaría el sitio de Orleáns y después llevaría al delfín Carlos a

consagrar a Reims... No era cuento, la habían visto en Gien: vestía de paje y montaba en un caballo negro.

No hay como la desgracia para creer en milagros. Viéndose sin socorro humano le esperaron de Dios. Monseñor Juan, acogiendo las súplicas del pueblo, envió dos honrados gentileshombres a enterarse a Chinon; su retorno se esperaba con ansia.

Bedford, en tanto, no se hacía ilusiones; bien estaban las *Tourelles* y *Kouvray*, pero en conjunto la cosa no marchaba. La ciudad, por hambre, no se rendía, ganarla por asalto — con los medios con que contaba — era imposible...

Para la situación general apuntaba una idea: convenía hacer coronar pronto en París a Enrique. Supo sin duda los propósitos de la Doncella y comprendiendo la enorme trascendencia que en el sentimiento religioso de los pueblos tendría la divina unción, quiso ganarla por la mano.

Para la concreta del sitio, pidió cuatrocientas lanzas y mil doscientos arqueros... No llegaron a tiempo.

Realmente el duque era la mejor cabeza de ambos campos.

## **CAPITULO IX El Delfín y su corte**

Hay que volver a Juana, que esperaba audiencia aposentada en una hostería no lejos de la fortaleza y casa-palacio del Delfín. Aguarda confiada en que todo saldrá bien, pues las "voces" se lo han dicho, y no acostumbra a mentir. Su espíritu, claro y recto como un rayo de sol, iba derecho al nudo de las cosas, impulsado por una fuerza superior a todo. Tranquila se presentó las dos veces a sire Roberto; tranquila y con ingenua naturalidad hablaría al Delfín... Entretanto, rezaba y ayunaba, pues corría la Cuaresma.

La corte en que Juana iba a penetrar, era la correspondiente a un rey desgraciado y pobre, y pusilánime por añadidura: unos validos suplantaban a otros, le manejaban a su sabor, hecho títere de retablo, y a su vez dejaban el campo libre a nuevos ambiciosos... Como Enrique el Doliente de Castilla, podía decir había conocido veinte reyes en su reino: tantos como validos y favoritos de sus validos; ni uno menos.

El delfín Carlos — pues aunque coronado en Poitiers un mes después de muerto su padre, no se le acataba por rey en toda Francia — era el onceno vástago de un loco y una casquivana; salió, como era de esperar, enclenque y enfermizo: nariz carnosa y caída, boca grande, chicos ojillos, mejillas flaccidas y pálidas y, para colmo de primores, patiestevado o patituerto.

La muerte, segando uno tras otro sus dos hermanos, le empujó al trono, pero el desamor de su madre y la ambición de su cuñado Enrique V de Inglaterra, hicieron cuanto estuvo de su parte por impedirlo. Da gusto ver lo unidas que son algunas familias. Niño de siete años, tuvo que huir de París cuando el duque de Borgoña exterminó cruelmente a los orleanistas. Refugióse junto a Luis II de Anjou, quien le casó con su hija María. El matrimonio se celebró cuando Carlos tenía diez y nueve años, pero estaba convenido desde los diez. Pasó su adolescencia junto a su nueva familia, casi siempre en Anjou y en Provenza. No perdió el tiempo, se hizo allí muchos partidarios: todos sus capitanes — excepto Juana, que, por su parte, se llevaba admirablemente con la gente del Sur — eran franceses meridionales, y lo mismo el nervio de sus tropas.

Ya se dijo cómo vióse complicado en el asesinato de Juan Sin Miedo. Ello le obligó a entregarse en alma y vida al partido armañac, y a la fuerza fué el rival de los borgoñones y sus amigos los ingleses. Y digo a la fuerza, porque era poco dado a caballerías y andanzas. Varias veces pidió, casi imploró, la paz de los primeros; sólo obtuvo treguas traidoras y melosas palabras.

Débil de carácter, indolente y desmoralizado, andaba de ciudad en ciudad y de castillo en castillo, acosado por la desgracia, e incapaz de una política firme y sostenida.

A los viejos armañacs, acérrimos enemigos de Borgoña, suplantó en la privanza Arturo de Bretaña, luego condestable de Ricliemont, más contemporizador. Gobernó como rey desde 1425 hasta enero de 1429. Fueron los años de las grandes victorias inglesas... Tuvo que dejar el puesto al señor de La Tremouille, presentado por él mismo al Rey; éste le dijo entonces: "Hacéis mal, os traicionará; le conozco mejor que vos." No pudo quejarse sir Arturo de no estar advertido. El Delfín sería feo, pero no tonto.

Era La Tremouille grande y carnosos, con hermosa barriga y voz campanuda. Un refrán argentino dice que hombre gordo, o muy rico o muy sinvergüenza; aquí se cumplió en ambos extremos, lo que rara vez suele ocurrir con los refranes. Hábil, rico y sin escrúpulos, no tardó mucho en hacerse el amo. Con astucias y dádivas — que quebrantan peñas — se atrajo a los restos del partido armañac, y al partido militar, defensor incondicional de las lises de Francia. Tanto brujuleó, y tan bien, que no sólo suplantó a Richemont, sino que le hizo impopular y odioso a los ojos del país evocando frente a sus derrotas las proezas de los grandes capitanes de antaño: Beltrán Du Guesclin — el Beltrán Claquín, que ayudó a matar a don Pedro el Cruel — y Oliveros de Clisson.

Hombre de componendas y medias tintas, preconizaba sobre todo la paz con Borgoña, con cuyos primates estaba a partir un piñón. Pero Felipe el Bueno no se dejaba cazar: si Francia triunfaba, malo; y si Inglaterra, peor, pues uniría las provincias del Norte a las que en el Sur poseía pacíficamente desde hacía mucho. Su plan era quebrantar a ambas todo lo posible — y crecer él — por eso no decía nunca la última palabra.

En tal cueva de intereses y pasiones penetró Juana cual lanza de fuego. Cual el imán al hierro, atrajo a los generosos y valientes: el duque de Alençon, La Hire, Saintrilles, el Bastardo de Orleans, y la caterva de los hidalguillos que dejaban sus torres feudales y sus cortas tierras arrasadas por el enemigo, y se agrupaban en torno del Rey con un mal caballo y la vieja espada de sus abuelos... Los otros nunca la quisieron bien; la fuerza de las cosas les obligó a admitirla, aun a mimarla a veces, pero a regañadientes siempre... Estos eran La Tremouille, Reinaldo de Chartres, arzobispo de Reims, y todos los cortesanos de casa y boca — pisaverdes o viejos marrulleros — que huían como liebres ante el solo nombre de los "godons"...

El pueblo y la clerecía apoyaron resueltamente a la Doncella y a los hombres de lanza y espada: estaban hartos de bachillerías y diplomacias que no tenían fin, lo mismo que sus males y miserias.

Los otros se plegaron como una caña bajo el viento, esperando cesase el ímpetu "para erguirse de nuevo..."

Y el Rey siguió en su eterno juego de aceptar los guías que le ponían: uno más, ¿qué importaba?... Pero surgieron las victorias; vio que iba de veras el milagro de la Doncella... Ya era rey consagrado, por obra de quien menos esperaba... Aceptó la corona y la gloria que le ofrecía la pastora extraordinaria y generosa que nada pedía para sí. Aceptó, pero en el fondo de su alma humillado y envidioso de aquélla, que a su entender usurpaba sus fueros, aun cuando fuese para hacerle bien...

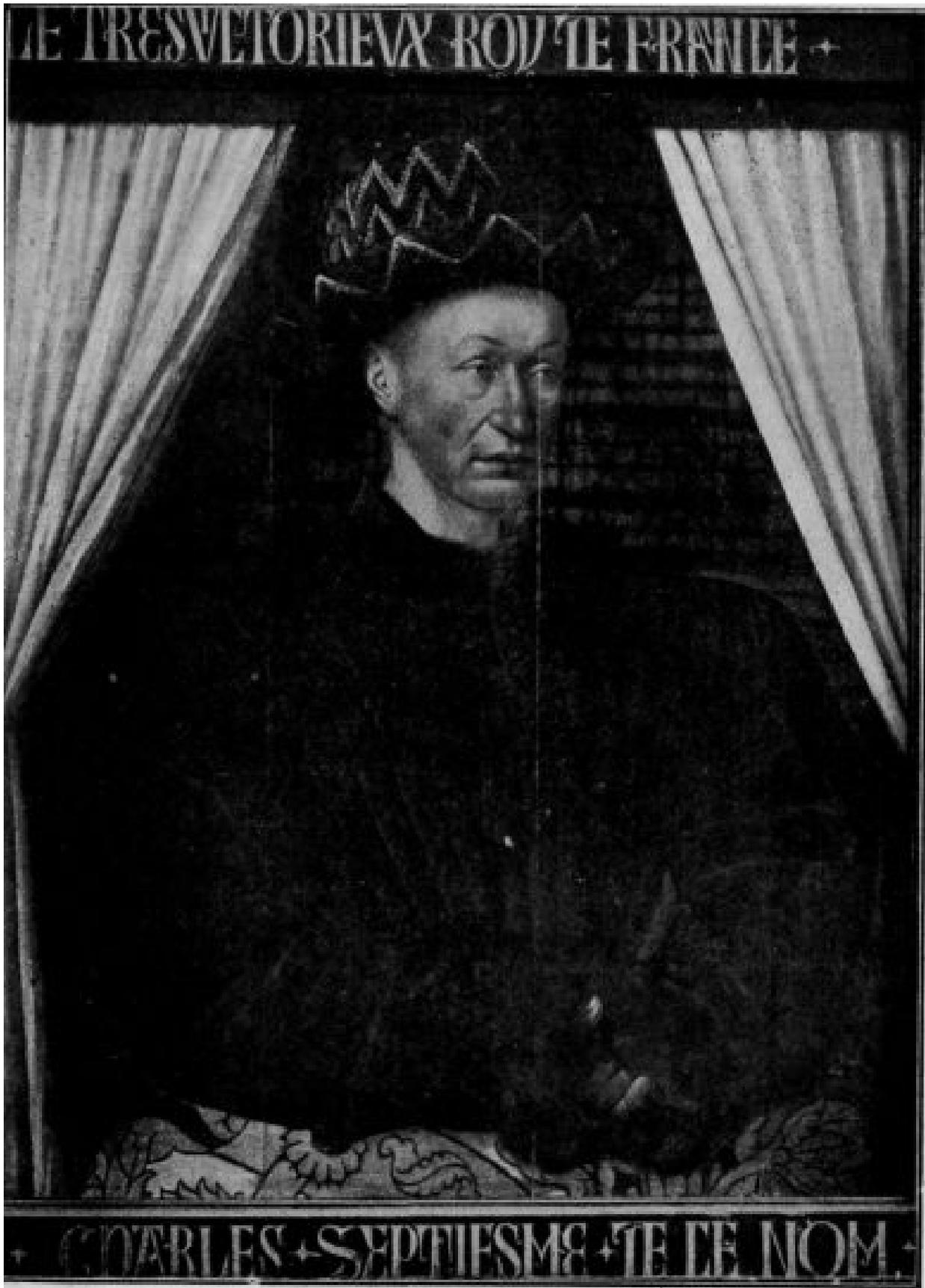


Ilustración 6. Retrato de Carlos VII, por Fouquet (Museo del Louvre, París)

Firme en el trono, comenzó a minar el pedestal que sus hazañas habíanla labrado, y que le hacía demasiada sombra... Vió con secreto regocijo sus primeras desgracias, y cuando llegó la hora suprema, la abandonó, mientras ella, desde la hoguera le proclamaba el más noble rey de la cristiandad... El afecto ciega los ojos, pasa siempre.

Pero hay que ir por sus pasos. Cuando Juana solicitó ver al Delfín, tuvo una seca negativa: ¿quién era?, ¿qué quería?

No contestó: sólo hablaría al Rey; sugirió venía a levantar el sitio de Orleáns y a llevarle, tras la victoria, a consagrar a Reims.

No se la tomó en serio. Sin duda las cartas de sire Roberto, y la suya, habían sido trasconejadas deliberadamente por La Tremouille y comparsa, y el Rey nada sabía.

Al fin decidióse recibirla; el conde de Vendôme — Luis de Borbón — la condujo ante Carlos.

La gran sala estaba llena de cortesanos; ardían cincuenta antorchas en tederos y almenaras. El Rey se confundía entre los palaciegos tocados con galas más ricas que las suyas y damas con mangas de ángel y altos y puntiagudos capirotos.

Juana avanzó con su simple vestido de paje, gris y negro, levantando murmullos y asombros; paróse ante él, hizo una reverencia a la villanesca, y dijo con voz firme, pero de dulce son:

— Gentil Delfín, vengo de Dios para ayudaros a vos y a vuestro reino.

Tomóla el Rey aparte, algo extrañado pero amablemente, porque, como dice el proverbio: *lis vrais et bons noblois, sont toujours courtois* — "los buenos y verdaderos nobles, son siempre corteses" —. Siguió una larga plática de más de dos horas, manifestando el Príncipe gran alegría en su semblante. Juana contó entonces — única vez en su vida — sin omitir detalle, las santas visiones y mandatos que la habían impulsado hacia él, para salvarle y salvar a Francia.

A lo largo de este coloquio fué cuando la Doncella rebeló a Carlos el famoso "secreto" o "signo" que jamás quiso declarar a nadie. Nada en concreto se sabe de él. Suponen unos — y acaso no vayan descaminados — le aclaró la duda respecto a la legitimidad de su nacimiento que, encerrado él en su oratorio, pidió mentalmente al Señor le esclareciera... Quedó en el misterio, pues ni Juana habló, ni el Rey tampoco; pero desde aquel momento, dio absoluto crédito a la Doncella. Algo extraordinario debió de ser sin duda para que un carácter tan suspicaz y reservón, se confiara plenamente.

## ***CAPÍTULO X La Doncella en la corte***

La morada del Rey se alzaba sobre un cerro dominando la villa y los campos desde el Viena al Loira. Alto y señero, las brumas del río y las nubecillas bajas — las gatas — ceñían algunos días de invierno las torres de puntiaguda caperuza emplomada. Marcial y rico, era el mejor castillo del reino; hoy sólo quedan ruinas.

Duro, probado en las batallas, con siglos sobre sus recios huesos, fué de unos y de otros, porque el mundo da muchas vueltas; vergel de las Lises y guarida de los Leopardos; en el patio de armas hincaron bien su garra, y quedó huella: una capilla consagrada a san Jorge el de la cruz bermeja, patrón de su tierra brumosa y de los caballeros de la cristiandad.

Le formaban tres fortalezas separadas por barbacanas y fosos, como ciudades enemigas. En el central vivía el Rey; a la izquierda, a una de las ocho torres del llamado Coudray, fué llevada Juana por el señor de Gaucourt, y la confió a Guillermo de Bellay, mayordomo regio; dióle para su servicio un pajecillo, que correspondía por Minguet o Mugot, quien todo el día estaba a su lado. A la noche, la esposa de Guillermo, llevóla a dormir con las mujeres del castillo.

Despertaba curiosidad la Doncella; por el caracol de su torre subía y bajaba lo mejor de la corte, a verla y a conversar con ella. Fué entonces cuando le preguntaron si en su país estaba el "Bois Chesnu", del que se habló ya por extenso, pues según profecía atribuida al archimago Merlín, de allí vendría la doncella salvadora de Francia.

Juana no estaba contenta, el tiempo apremiaba, y no vino ella a su gentil Delfín para pasar los días en gratos ocios palaciegos... Cuando quedábase sola, Mugot la vio muchas veces rezando arrodillada. Muchas veces la vio también llorar. Su angustia tenía un doble motivo: las malas nuevas que día tras día llegaban de Orleáns y el ver cómo se consumía en la inacción el breve tiempo que restábala de vida: "un año y un poco más" — siempre tuvo la certeza de su próximo fin, sin que ello le diera ni pena ni gloria... — sólo que, ¡quedaban tantas cosas por hacer!...

Seguían día y noche los cabildeos y consultas entre clérigos y doctores; alegábanse las profecías: Merlín, Beda, María de Aviñón... Hacían mella, pero el recelo no se disipaba: ¡una pastorcilla, y de tierra enemiga, venir a salvar al Rey de Francia! Era cosa que no les cabía en la cabeza a aquellos doctores encanecidos entre silogismos y entimemas...

Otros no andaban tan remisos de fe, el duque de Alencon, por ejemplo. Libertado de los ingleses pocos días antes, cazaba codornices en tierras de San Florián de Saumur, cuando supo la llegada a la corte de la doncella milagrosa. Sin pensarlo más, montó a caballo y fué a ver al Rey su primo.

Charlaba éste con Juana, diciéndole según costumbre palabras de mucha cortesía y mayor esperanza, cuando el duque entró. Al verle, preguntó quién era.

— Mi primo Alencon — contestó Carlos.

Saludóle: — Sed muy bien venido; cuanta más sangre de la Casa de Francia esté aquí junta, mejor será.

Pronto intimaron: eran jóvenes y vehementes ambos. Jóvenes lo eran entonces todos, sin duda — y valga la perogrullada— porque no llegaban a viejos; la vida de

entonces no lo consentía.

Al otro día fué a la misa del Rey, y terminada, retiróse Carlos con ella, Alengon y La Tremouille para una plática privada. La Doncella pidióle donase su reino al Rey de los Cielos.

— Entonces el Rey de los Cielos hará con vos lo que hizo con vuestros antecesores, y os restaurará en el solio de vuestros padres.

Carlos y el Duque no la dejaban; a la tarde salió con ellos de paseo, y corrió una lanza con tan buen aire, que maravilló, e hizo las delicias de Alengon.

— ¡Qué muchacha extraordinaria! — pensó el Duque, y la regaló un caballo.

Carlos, en lo de dar andaba más remiso, buen trato, cortesías, pero sin abrir la mano.

Juana, con su maravillosa perspicacia, se hizo pronto a los puntos de cortesanía de la casa del Rey. Aquel constante ir y venir de gentes que turbóla en los primeros días, ya no la extrañaba. Oía con gusto a los loquillos dar música en la mesa durante los reales yantares; ya no se reía como una tonta de los lebreles engualdrapados de azul y con flores de lis, ni se admiraba de los cascabeles áureos y argentinos de los halcones, ni de sus capirotos empenachados. Pasaba ratos viendo a los pajes jugar a los bolos en el patio, y aun las canciones de jarro de los soldados, hacíanla sonreír, con su latín macarrónico, cuando las oía desde su torre:

*Bibit Ule, bibit illa,  
bibit vinum sine aqua  
et pro rege et pro papa!...*

¡Qué bien darían en los "godons" camaradas tan joviales! Además, ahora tenía un amigo de veras, Alengon, el "hermoso duque" como le llamaba. Era de su misma idea: ¡a caballo, a caballo que los ingleses no duermen!

Pero pasado el entusiasmo, volvía su torcedor: el tiempo pasa, el tiempo pasa... Y la angustia la deshacía el ánimo: sentía casi un dolor físico. Entonces era cuando Mugot la veía rezar y llorar.

Unos días-más tarde llevóla a la abadía de San Florián de Saumur. Allí estaban entonces su madre y su mujer.

Ésta la dijo:

— Juanita, tengo mucho miedo por mi marido. Acaba de salir de prisión y ha sido muy grande el rescate; me gustaría que se quedara en casa.

— No tengáis cuidado, señora: os lo devolveré sano, y tal o mejor que ahora está.

Y así fué; ella lo dijo, y Dios lo cumplió.

## **CAPÍTULO XI Los doctores de Poitiers**

Era de tanta monta el asunto de Juana, que ni el Rey crédulo e indeciso — ni sus consejeros — que no eran ni lo uno ni lo otro — atreviéronse a fallarle por su cuenta. En tiempos menos duros y azarosos quizás lo hubieran hecho, pero se trataba nada menos que de confiar un ejército a una pastorcilla, cosa absurda a todas luces y en que muy bien pudiera estar metido el enemigo malo. Además, ni había ejército ni recursos con que levantarle.

Tales razones pesaron sin duda en sus ánimos; convenía prevenirse a todo evento, pues la empresa podía salir bien o mal, y para justificarse ante los pueblos, a quienes para llevarla a cabo habría que exigir nuevos sacrificios, recurrieron a un tribunal que juzgara si la Doncella era o no enviada de Dios, y según los usos de la época, fué integrado por teólogos y leguleyos, gentes tan amigas de hilar delgado que a veces se quebraban de puro sutiles, y para las cuales el tiempo — aun cuando los de Orleáns estuvieran entre la espada y la pared — pintaba muy poca cosa.

Gavilla tan docta y conspicua no se encuentra a la vuelta de cada esquina, y hubo que buscarla adonde la había, en Poitiers, capital del reino después de perdida París "la gran villa". Universidad, Parlamento, bien provista de clerecía y frailía... No faltarían sabios, gracias a Dios.

Si ganas tuvo Juana de llegar a la corte, mayores las tenía de dejarla y comenzar su obra. Cuando la hablaron de partir, vio el cielo abierto: creía iba a Orleáns... Al saber que era a Poitiers, torció el gesto; nueva pérdida de tiempo, y además lidiar con letrados... Emprendió el viaje, no muy largo y bastante seguro, entristecida, pero sin perder la confianza:

— ¡ Bendito sea Dios! Ya veo lo que se me viene encima, pero el Señor me ayudará... ¡Hala! vamos cuanto antes, pues Dios lo quiere así...

No faltaban sabios en Poitiers, pero a mayor abundamiento, se reforzó la perilustre meshada local con gente de lo bueno, traída de acá y de allá; el caso valía la pena, y había que cerciorarse bien de que el diablo no andaba en el negocio... (Lo mismo que hizo sire Roberto sin tantos preámbulos, pero ; qué caramba! no es lo mismo ser un soldadote que el Delfín, y las cosas de la corte han de guardar cierta etiqueta.)

Juana alojóse en la casa del abogado general del Rey, Juan Rabateau, que habitaba una mansión noble llamada de "la Rosa" — por el apellido de sus antiguos dueños — sita en el corazón de la ciudad.

Allí afluyeron un día y otro día los letrados; obispos, el de la diócesis y el de Maguelonne; doctores en Teología y Sagrados Cánones; miembros del Santo Oficio; doctores, licenciados y bachilleres en Leyes, que traían en la punta de la uña digestos y pandectas; padres graves, lumbreras de la orden dominicana y la de San Benito... Docta academia, algo dispar tal vez, pero unida por un fuerte vínculo común de fidelidad y amor al Rey, y por ende a la causa de Francia.

La gente de curia — sea mundana o eclesiástica — es muy dada de suyo a andar con pies de plomo, y en asuntos tan peliagudos como el que se les había entrado por puertas, más que más...

Tomaron, pues, el agua muy arriba, abrumando a la Doncella a preguntas nimias

y prolijas sobre su misión, sus visiones, su traje... No perdonaron pormenor; todo a fin de saber quién andaba en su alma.

¡ Ella se afirmaba en lo dicho: las "voces" la mandaron ir al Delfín, pues "Dios se había compadecido de la gran cuita del reino de Francia".

La atajaron: ¿por qué le llamaba Delfín siendo ya Rey?

— No le daré otro nombre hasta que no sea consagrado en Reims, adonde yo le llevaré después de levantar el sitio de Orleáns.

Tanta confianza sorprendía a los letrados. ¡ Era terca la soñadorcilla!, pensaban los mas reacios.

— ¿Cómo queréis que os creamos, y se entregue un ejército, sin más ni más, en manos de una muchacha? Mostradnos algún signo y creeremos.

La respuesta fué terminante:

— Yo no he venido a Poitiers a hacer milagros. Denme los hombres que quieran, e iré a Orleáns y levantaré el sitio. Ese será mi signo.

— Las "voces" os dicen que Dios quiere libertar al pueblo de Francia, mas si Dios quiere, no son necesarios hombres de armas.

Éste picaba más alto: era un teólogo dominicano, que sin duda debió pensar para sus adentros al hacer la pregunta: ¡la pillé!

Pero Juana supo responderle, y bien:

— ¡Válgame Dios! Los hombres de armas pelearán, y Dios les dará la victoria.

Como dice el refrán: Dios ayuda a quien se ayuda. Y el dominico, que era cauto, se dio por satisfecho, y rumió, por dentro también:

— ¡Mirar con lo que nos sale la soñadorcilla! Ofrece milagros, pero hay que ganarlos, que no nos van a caer del cielo de bóbilis bóbilis.

A ese tenor seguía la pesquisa. Juana perdía a veces la paciencia, y daba cada respuesta que ardía en un candil. Tal le ocurrió a fray Seguín de Seguín, doctor y profesor en Teología. Lemosín de nacimiento, hablaba machacona-mente un francés pastoso, que no le sonaba bien a la lorenesa.

— ¿Qué lengua hablan vuestras "voces"?

— Una mejor que la vuestra.

El buen padre no lo tomó a mal, y siguió preguntándole cosas tan peregrinas como si creía en Dios...

Las sesiones se sucedían, y siempre para lo mismo. Juana ansiaba por momentos verse libre de tan sabia cohorte, y un día que topó de manos a boca a Gobert Thibault, un escudero a quien ya conocía de Chinon, dióle una palmada en las espaldas:

— ¡ Ya querría yo tener muchos hombres de tan buena voluntad!... (En vez de estos vejstorios reparones... Esta segunda parte, se adivina.)

Y cuando se marchaban por fin, corría al oratorio de la casa, y rezaba y rezaba... Su huésped la vio muchas veces.

Dios, entre otros dones, debió de concederla paciencia para conllevar aquel chaparrón de sutilezas durante seis semanas... Y no pararon ahí las precauciones; se

informaron de su vida pasada enviando emisarios que recogieran testimonios en Domrémy y sus alrededores, hicieronla reconocer por expertas matronas...

Al fin dieron informe favorable, si bien un poco tibio; reconocían su piedad, buenas costumbres y humildad de espíritu; pero daban a entender que señales divinas no había mostrado, si bien ofrecía mostrarlas levantando el sitio de Orleans... Convenía, pues, no tentar a Dios rechazando su ayuda, venida en esta forma.

Corrió en abundantes copias por el reino el fallo de los doctores, avivando aún más el entusiasmo popular. Y al fin, una mañana, Juana montó alegremente a caballo: iba a Tours a equiparse marcialmente, y luego a la guerra; el cielo se aclaraba.

Saltó a la silla desde una gran piedra que había en una rinconada de la calle de San Esteban. Muchos años después, aun se llamaba el "cabalgador de la Doncella".

## **CAPÍTULO XII Armas y banderas**

Allí habló la más chiquita,  
en razones la mayor :  
— No maldigáis a mi madre,  
que a la guerra me iré yo ;  
me daréis las vuestras armas,  
vuestro caballo trotón.  
— Conocerante en los pechos  
que asoman bajo el jubón.  
— Yo los apretaré, padre,  
al par de mi corazón.  
— Tienes las manos muy blancas,  
hija ; no son de varón.  
— Yo les quitaré los guantes  
para que las queme el Sol.  
— Conocerante en los ojos,  
que otros más lindos no son.  
— Yo los revolveré, padre,  
como si fuera un traidor.  
*(Romance de la doncella guerrera)*

La vuelta fué alegre para Juana. Iba hacia el norte entre llanas pródigas en follajes y frescuras: el ducado de Turena, grato como un jardín. La guerra daba de vez en vez su fiero baladro en un negro hastial de torre caída o en las cenizas de unas chozas, mas para sus oídos era alegre cantar de gallos madrugueros; pasó su noche, ahora le amanecía entre los camaradas deseados, gente de pocas ideas en la testa, pero firmes y resueltos, de los de digo y hago, y con un corazón que no les cabía en el pecho. Así les soñaba— a su imagen y semejanza — y así les halló, o por lo menos, tal se volvieron con su ejemplo.

Se iba rizando el llano de colinas con frutales y viñas; más clara cada vez se oía la canción del Loira, y al fin, alegres hacia el cielo en el sol de primavera, las torres de Tours.

Su primer cuidado en llegando, fué encargarse unas armas, a eso venía a la ciudad — famosa en Francia por sus buenos arneses— y lo mismo hicieron sus dos antiguos compañeros de viaje Juan de Metz y Beltrán de Poulengy, que la seguían.

Los días precisos al armero para la obra, los pasó en casa de madama Eleonora de Paul, dama de la Reina; allí la llevaron sus amigos a fray Juan Pasquerel, venido de Nuestra Señora de Puy del Velay, donde encontró a Isabel Romée con otros peregrinos.

— Juana, te traemos a este buen padre. Según le vayas conociendo le apreciarás cada vez más.

Así fué; al día siguiente se confesó con él, y en adelante Pasquerel formó siempre parte de su séquito; carácter a gusto de Juana — entusiasta y de buena fe — congeniaron muy bien.

Terminóse por fin la armadura de la Doncella; era blanca, con las piezas usuales entonces: yelmo de visera, guardapapo, gola, peto y espaldar, brafoneras, brazales, coderas, avambrazos, guanteletes, pancera, escarcela, quijotes y grebas o canilleras... El coste —100 libras tornesas, o de Tours — lo pagó el Rey. Asimismo dióle un caballo de sus cuadras;. Juana que gustaba de los buenos corceles y conocía los de Carlos, escogió un destretero — trotón bien probado en las batallas — que le fué inmediatamente enviado.

Faltaba la espada, pieza magna del arnés, que para los caballeros revestíase de cualidades casi divinas. Las "voces" la ordenaron pidiese una enterrada junto al altar en Santa Catalina de Fierbois; tenía cinco cruces grabadas en la hoja, cubierta de orín.

Obedeció Juana, y escribió a los sacerdotes del santuario la buscaran y se la mandasen. La carta llevóla el menestral de Tours que la vendió las armas. Pareció pronto la tizona, enterrada someramente allí donde había dicho; limpia de la roña, aparecieron cinco crucecitas cerca de los gavilanes. Se la enviaron, y además una vaina. Los tu-ronenses, le regalaron otras dos muy ricas: una de vellu-dülo bermejo y la otra de paño de oro... Le pareció demasiada fantasía a la Doncella, y mandó hacer una de cuero, y bien fuerte: era para un soldado y no para un galán..

La aparición de esta espada la -interpretaron todos como presagio de victoria, llegando algunos a decir era la de Carlos Martel, el vencedor de los moros en la batalla de Poitiers; otros fueron más allá: era la de Alejandro Magno. Pero los angloborgoñones opinaron que había consultado a los demonios para hallarla, y las cruces no eran sino signos diabólicos. Todo es según se quiere ver.

Siguiendo también a las "voces", mandó hacer sus enseñas a un pintor escocés, vecino de Tours, Hamis Power, que cobró por la tela y las figuras 25 libras tornesas.

La mayor era un estandarte de recia tela blanca, que en el anverso tenía pintado a Nuestro Señor en su trono, bendiciendo con la diestra, y en la siniestra el globo del mundo, entre dos ángeles arrodillados que le ofrecían flores de lis. Lises también sembraban el campo del estandarte, en uno de cuyos flancos campeaba la divisa: "Jesús-María."

En el reverso mandó poner timbres heráldicos: sobre campo de azur una paloma de plata llevando en su pico una banderola donde se leía: "De parte del Rey del Cielo"

La otra enseña era menor; un pendón más bien, en que campeaba Nuestra Señora recibiendo la visita del arcángel san Gabriel.

Con armas y banderas partió para Blois en compañía de sus pajes y amigos, y casi seguro, de dos personajes de la corte, Reinaldo de Chartres, arzobispo de Reims, y Juan de Aulón, por entonces consejero del Rey, nombrado luego escudero de la Doncella, tan valiente y fiel, que en los momentos de peligro siempre estuvo a su lado, y con ella cayó prisionero en manos de los borgoñones.

En Blois se reunieron hombres y recursos, y los capitanes del ejército real: el mariscal Giles de Rais — el famoso "Barba Azul", que terminó en la hoguera—, Culen el almirante y La Hire, quienes, como se ve, no olvidaban la promesa hecha a los orleaneses.

Cual casi siempre ocurre, la guerra languidecía por falta de dinero. El Rey estaba tan pobre, que hasta sus joyas, y aun los florones de la corona había empeñado. Debía a todo el mundo: a La Tremouille, a su suegra Yolanda de Aragón...

En dimes y diretes para agenciar pecunia se iba el tiempo. Cerca de siete mil hombres esperaban ociosos, mientras en Orleáns la angustia crecía por momentos.

Juana escribió por entonces su famosa carta al rey de Inglaterra, al duque de Bedford y a los capitanes sitiadores de la ciudad, invitándoles a devolver al Delfín todas las comarcas que le habían ganado, con la amenaza de que si no, ella la Doncella, les combatiría a sangre y fuego hasta expulsarlos de Francia, pues tal era la voluntad de Dios. Terminaba invitándoles a unirse con los franceses para ganar los Santos Lugares.

Esta invitación que parece extemporánea por estar muy lejos ya el tiempo de las cruzadas, no lo es tanto si se considera el peligro y no flojo que eran ya los turcos para la cristiandad; cinco lustros después ganaron Constantinopla.

Mientras la marcha hacia Orleáns se ultimaba, uniéndose al ejército una copiosa mesnada de clérigos, muchos de ellos fugitivos de las tierras ocupadas por el enemigo; Juana los reunía dos veces al día, bajo una bandera con la efigie de Cristo crucificado, entre Nuestra Señora y san Juan, entonaban cantos religiosos, y ningún guerrero podía unirse a ellos sin estar confesado... La Doncella apuntaba a dos fines importantísimos: dar carácter de guerra religiosa a una guerra nacional, e introducir la disciplina en unas tropas harto díscolas.

Se vencieron al fin todas las resistencias que impedían la marcha y Juana partió con su ejército, precedido de la entusiasta clerecía que cantaba el *Veni creator Spiritus*. Su situación era extraña: el Rey no la había conferido mando alguno militar, aunque ella en la carta a los ingleses se titulara "jefe de guerra". En realidad nunca le tuvo; su caudillazgo era cosa de espíritu, y como tal mandaba primero en las almas que en los cuerpos.



Ilustración 7. Entrada de Juana de Arco en Orléans, por Scheffer (Museo de Versalles)

## **CAPITULO XIII La entrada en Orleáns**

Si los sitiados de Orleáns no andaban bien, los sitiadores tampoco. Los primeros se creían abandonados y vendidos al enemigo, y surgían entre ellos esas terribles crisis colectivas hijas del pánico y la desesperación. Apretaban los ingleses el cerco; hicieron tres bastillas nuevas: la de Ruán y la de París, al oeste, y al sudeste, a la orilla izquierda, dominando el río y el camino de Saucerre, la de San Juan el Blanco...

Los de dentro se amilanaron, pero no es oro todo lo que reluce: tras sus endebles parapetos de tierra y estacas, los ingleses estaban en gran riesgo de pasar de sitiadores a sitiados, pues muy lejos los fuertes uno de otro, no podían comunicarse fácilmente en caso de peligro; sufrían además hambre y frío y habían perdido casi todos sus caballos, lo que les privaba de una enorme ventaja en los combates.

En cambio, por entre sus famosas bastillas, entraban en la ciudad toda suerte de vituallas en pequeñas partidas: siete, quince, veintinueve, trece acémilas cargadas de trigo, de arenques, de carne, de pólvora... Y hasta lo que parece increíble conociendo el ganado: una piara de ciento un puercos, tercios y gruñidores de suyo, conque no había aquello de que no los sintieron...

Eran pocos tres mil y pico ingleses para tomar la villa por asalto, pues no podían completar el cerco, y por asalto era ya imposible por el gran número de gente encerrada tras los muros.

Llamó el rey de Inglaterra a los vasallos de Norman-día y vinieron seiscientas veintinueve lanzas, más sólo por un mes. Fué ello a principios de marzo, pero también esta ventaja tuvo su retruco. La embajada de Saintrailles a Felipe el Bueno, consiguió querellarle con el inglés. Junto con el borgoñón fueron a París los orleaneses a visitar a Bedford; éste negóse en redondo a que la ciudad se entregase en rehenes al redomado Duque, pues eso era, según su frase *battre les buissons pour que d'autres prisent lea oisillons* ("ojejar el monte para que otros cogiesen los pajarillos"), o dicho más castizamente: levantar la caza y que otro la lleve a casa. Consecuencia, que riñeron los dos duques, no obstante ser cuñados, y lo que fué peor para los ingleses : borgoñones, picardos y champañeses abandonaron el sitio por orden de su señor; unos centenares menos de enemigos.

Los burgueses se crecieron, atacando al día siguiente el fuerte de San Lorenzo... Pasaron el primer recinto, y como topasen gran número de piezas de argentería, armas y ropones forrados de martas, se aplicaron tan concienzudamente a llenar las alforjas, que no sintieron llegar a los "godons", en gran número, y se armó una de zambomba y degollina... Por si algo faltaba a los aterrados ciudadanos, daban a trochemoche desaforados ; ¡hurras! *cri moult granó, et terrible...* y fué la de ¡sálvese quien pueda! y pies ¿para qué os quiero? Pero a muchos no les valió y allí rindieron el ánimo. Es cosa vieja que la codicia rompe el saco.

Exaltóse el sentimiento religioso con el desastre. Menudearon las misas por los caídos en la defensa, rogativas a Nuestra Señora y a los santos patronos, exhortaciones a penitencia... Llegaron los hidalgos enviados por monseñor Juan a la corte a ver a la Doncella; se hacían lenguas de su viaje milagroso por entre enemigos y de sus pláticas con el Bey... Ellos mismos la habían oído decir que levantaría el cerco de Orleáns y luego llevaría al Delfín a coronar a Keims... Llegaron más tarde noticias de las pruebas a que era sometida por los sabios de Poitiers, de las que

gloriosamente había triunfado... Pronto la verían venir en cabalgada, tremolando su estandarte blanco...

Eleváronse los corazones. El Rey tentaba un nuevo esfuerzo, y esta vez no se malograría, pues allí estaba la enviada de Dios. Hombres, víveres, acero, pólvora, todo se juntaba en Blois, a unas pocas leguas... El Bastardo, que no dormía, mandó a fines de abril concentrarse en la plaza las guarniciones comarcanas para apoyar los movimientos del ejército de socorro.

Éste se puso al fin en movimiento; siguió el camino más razonable, teniendo en cuenta lo pésimos combatientes que los franceses resultaban en campo abierto, siguió la orilla izquierda del Loira. Así no toparían con la línea de bastillas inglesas, ni con los refuerzos que se sabía preparaba Bedford en París; hombres y bagajes pasarían el río en barcazas frente a Checy, entre Jargueau, ocupado por los ingleses, y la puerta de Borgoña, la oriental de Orleáns.

Todo fué bien hasta llegar al río, donde un viento contrario, hizo imposible el pasa Para Suff'olk, Talbot y Scales — que le tenían a su favor — era un- juego cruzar las aguas, protegidos por las bastillas de San Lorenzo, Saint-Privé, la isleta, las *Tourelles* y San Agustín... No lo intentaron, porque a veces también dormita el gran Homero, y caro les costó.

Dunois, viendo el peligro, cruzó el río al encuentro de la Doncella. Y ¡ vaya si la encontró! y de bastante mala vuelta,

— ¿Sois el Bastardo de Orleáns?, le dijo.

— Sí, y me alegro de vuestra venida.

— ¿Sois quien ha mandado que venga yo por esta parte en vez de ir derecho adonde están Talbot y sus ingleses?

— Sí... por ser más seguro... Otros más discretos que yo pensaron lo mismo.

— ¡ Me valga Dios! El consejo de Nuestro Señor es más sabio y mejor que los vuestros. Quisisteis engañarme y fuisteis engañados, pues yo os traigo el mejor socorro venido nunca a ningún general ni a ninguna ciudad: ¡el del Rey del Cielo!

Cuando Juana dijo esto, comenzó a soplar hacia Orleáns el viento hasta entonces contrario. Partió el Bastardo en su navichuelo, pero al llegar a la isla de San Lupo — en medio del río — volvió para rogar a la Doncella entrase con él en la ciudad, adonde la esperaban ansiosos.

M Juana se atrevía a dejar el ejército, ni los capitanes querían que le dejase, por no faltar a las órdenes del Rey: debían retornar a Blois para conducir lo restante del convoy... A Juana la inquietaba otro género de preocupaciones: sin ella los muchachos volverían a las andadas, a su vida de pecado y de vicio... No, no iría.

El Bastardo insistió, insinuante: la esperaban; todo un pueblo recobraría la confianza con sólo verla, y más aún ahora, que su primer milagro traíales la abundancia y la alegría.

Cedió la Doncella, encargando a fray Pasquerel fuese con aquellos tunantes para conservarlos en gracia de Dios, y es más que probable les echase una filípica por adelantado, porque conocía bien el paño.

¡Pecho al agua! Pasó el río con el Bastardo, el mariscal de Boussac y La Hire, desembarcando en Checy, el poblachón de marras.

Al otro día por la mañana, las chalanas ancladas frente al pueblo pasaron a la

orilla opuesta, y cargadas de bastimentos, hiciéronse a la vela, ocultas a los ingleses de la bastilla de San Lupo por las mimbreras y los abedules de la isla de los Bueyes; pasaron al descubierta bajo San Juan el Blanco, y bordeando las islas de Los Vencejos, llegaron a la Torre Nueva, en el ángulo sudeste de la muralla, metiendo el cargamento por la puerta de Borgoña.

Los capitanes no juzgaron prudente entrarse la Doncella de día, por miedo al excesivo entusiasmo popular. Hízolo de noche, a la luz de las antorchas. Todos acudían a ella ganosos de tocar su sobreveste, su brial, sus férreas grebas, hasta su destretero, albo como los de Santiago y San Jorge... Y he aquí que una antorcha incendió su estandarte. Hincó espuelas, llegóse a él y apagó las llamas con una celeridad que se juzgó milagrosa.

Llevaronla a la iglesia de la Santa Cruz, donde dio gracias al Señor, y luego a su hospedaje, en casa de Jacquet Boucher, tesorero del duque de Orleáns, contigua a la puerta Renard, la más expuesta a los ataques ingleses.

Entre tanto las tropas tornaban a Blois, con Giles de Rais. Iban alegres por aquella jornada de guerra galana, y por el buen suceso del socorro, merced al milagro del viento. Quizá los clérigos cantaran el *Veni creator* y el *Gabriel ángelus*, allá en la cabecera de la columna...

## **CAPÍTULO XIV Juana la Victoriosa**

Con Juana entraron en la ciudad doscientas lanzas, los gascones de La Hire. Al otro día, 30 de abril, ya las milicias burguesas, exaltadas por los sucesos de la víspera, querían a todo trance combatir. El Bastardo intentó disuadirles y no pudo: para el pueblo no había ya más jefe que la Doncella. Salieron, pues, llenos de entusiasmo, y Dunois, prudente siempre, mandó con ellos a La Hire y los suyos.

Atacaron la bastilla París, y arrollada la avanzadilla, llevaban ya de la ciudad leña y fajina para quemar las empalizadas, cuando los ingleses hicieron una contrasalida, y jugando hábilmente sus hachas y sus arcos, los rechazaron entre gran vocerío, invocando a San Jorge, y sin olvidar sus terribles hurras.

Juana, antes de empezar la lucha, quiso ofrecer la paz. La carta famosa, sacó de sus casillas a los jefes ingleses, y lo que fué peor para ellos, aterrizó a sus hombres. "Raza supersticiosa" — tal dicen sus propios amigos, en el proceso de Juana — creyéronse ligados por sortilegios, por artes diabólicas. Fama tenían los franceses de hechiceros y goécicos, tanto que la muerte del gran Enrique V se atribuyó al maleficio de unos versos mágicos... Corrían de boca en boca las profecías de Merlín y Beda respecto a la Doncella, y para alivio de males, en Inglaterra, un antiguo presagio decía que "cuanto ganara Monmouth (Enrique V) lo perdería Windsor", y Enrique VI, que ahora reinaba, nació en esta ciudad, contra el deseo de su padre que hizo cuanto pudo por evitarlo... Los "godons" fueron presa del pánico y la desesperación. Tras las primeras victorias de Juana, abundaron tanto las deserciones, que se dieron órdenes severísimas para que los pilotos y maestros de nao no pasaran a Inglaterra a los guerreros que enloquecidos de terror acudían a Eu, a Dieppe, a Fécamp, a Honfleur, buscando refugiarse como pudieran en la querencia de la patria... Ejércitos mandados por el mismo Rey, se desmoronaban al intentar embarcarlos para Francia, soldados, oficiales, todos... Aun seis meses después de estar Juana en prisión — una jaula de hierro, grillos en los pies y centinelas de vista día y noche—temblaban y no querían combatir aquellos leopardos que poco antes cargaban sobre las falanges francesas — uno contra cuatro, o contra seis, o contra diez — con igual buen humor que en una cacería de zorros... Se comprende que Bedford la odiara de muerte y la hiciese quemar en Buán.



Ilustración 8. Juana de Arco en el asalto a la bastilla de San Lupo (Fresco de Lenepreu, en el Panthéon, París)

De los heraldos portadores de la carta enviada por Juana desde Blois, sólo volvió uno, Ambleville. Al otro, Guyena, le guardaron los ingleses contra todo fuero,

pues los heraldos eran inviolables. El 30 de abril por la tarde mandóle la Doncella a reclamar a su compañero, y a repetir a Talbot, Suffolk y Scales la intimación, de parte de Dios, a partir a Inglaterra, pues si no lo pasarían mal. Le respondieron que guardaban a Guyena para quemarle.

Juana dijo entonces: —No le harán mal, Dios sea loado.

Y así fué, pues como el asunto era peliagudo, consultaron a la Universidad de París antes de darle tostón, y en el entretanto tuvieron que largarse de Orleáns.

Juana no se dio a partido; quería seguir hasta lo último los caminos de la paz. Por la noche fué por el puente hasta la Bella Cruz, y desde allí gritó a los que defendían las *Tourelles*:

— Rendíos, en nombre de Dios; salvas las vidas. Respondiéronle con burlas y silbidos y una lluvia de

injurias; hasta el propio Glasdale — comandante del puesto— metió la cuchara:

— ¡ Desvergonzada, impúdica! ¡ Si te pescamos algún día te vamos a asar!

El primero de mayo, el Bastardo, que estaba en todo, salió de la ciudad con corta escolta para guiar el segundo convoy que llegaría de Blois.

Volvió Juana, en persona, a ofrecer la paz. Dirigióse con buena compañía a San Lorenzo, el campamento principal, pero en un alcor surgió una avanzada inglesa.

— Rendíos, salvas las vidas. Volved a Inglaterra, de orden de Dios. Si no yo haré que lo sintáis.

Tuvo la misma réplica de risas e improperios, y uno— el bastardo de Granville — más correcto:

— ¿Cómo quieres que nos rindamos a una mujer?

Y para los del séquito hubo también lo suyo: mariquitas, rufianes, descreídos, que tenían la poca vergüenza de acompañar a una perdida y a una bruja...

Pero no dispararon sus armas.

Los días se seguían sin grandes novedades, una tácita tregua habíase establecido desde la llegada de la Doncella. En la ciudad sentían cierto resquemor temiendo no llegase el convoy de Blois, que traía el mariscal de Boussac. Fueron con su cuita a Juana, que era su paño de lágrimas.

— Vendrá el mariscal. No le ocurrirá nada malo, estoy segura.

Dos días después, el convoy llegaba. Es decir la mitad de la escolta, que venía por el Norte, entre las bastillas inglesas, pues las provisiones siguieron la misma ruta que hizo Juana.

Fué el Bastardo, a poco de llegar, a visitarla. Hablóla de una cosa y otra, y de la venida de sir John Falstolf a socorrer a los sitiados, que se susurraba sería muy en breve,

Se puso muy contenta y le dijo riendo:

— Bastardo, Bastardo, en nombre de Dios te mando que en cuanto sepas la venida me lo avises. Pues si viene sin que yo lo sepa, te prometo que te haré cortar la cabeza.

Dunois, siguiendo la broma, le dijo que perdiese cuidado. Y se marchó sin advertirle nada de un ligera escaramuza que tenía pensada, frente a la bastilla de San

Lupo, para entretener a los ingleses mientras las chalanas del convoy iban río arriba.

Juana se fué a acostar, pero apenas dormida, saltó del lecho dando voces, despertando a su escudero Aulón, que roncaba como un bendito sobre una colchoneta.

— Las santas me dicen vaya contra los ingleses, pero no sé si es contra las bastillas o contra Falstoli...

Sin responderla, se empezó a armar lo más de prisa que pudo... Se oyeron gritos en la calle, y supieron se batía el cobre hacia San Lupo, y que moría mucha gente francesa.

Juana gritaba: —¿Dónde están los que me arman? Corre la sangre de los nuestros...

Dijo cuatro lindezas a su paje Mugot, y le mandó disponer su caballo. Entre tanto, se hacía ajustar el arnés por la esposa y la hija de su huésped.

Cuando volvió Mugot con el corcel bardado, ya estaba lista. Le mandó por el estandarte; para ganar tiempo se le dio por la ventana, y sin esperar más salió disparada, sacando chispas de las piedras con las herraduras del caballo.

Pasó de un lado a otro de la ciudad. Aulón y el pajecillo, no la alcanzaron hasta la puerta de Borgoña. Topó con un herido francés; se estremeció:

— Nunca he visto sangre francesa sin que se me pongan los pelos de punta...

Con un puñado de hombres salió al campo. El ataque, una escaramuza como se dijo, fracasaba; claro es que nunca se pensó ganar el fuerte, sino tener en jaque a la guarnición mientras pasaban las 'barcas... Pero los ingleses, aunque pocos, desde su colina abrupta, pegaban firme, y los otros se desbandaban. Juana los reunió y los animó: eran los bretones de Giles de Rais, que hicieron con ella el viaje... Echaron tras su estandarte, sin pensarlo más. A Juana le rezumaba el valor por los poros, y todos la seguían enardecidos entre una nube de balas y saetas.

Talbot, que supo el ataque, salió a pesar de los peligros de la noche. Desde San Lorenzo a San Lupo había una tirada. Visto su movimiento desde la ciudad, el mariscal de Boussac le cortó el paso, echándose al campo por la puerta de París... En el cielo nocturno se alzó una columna de humo y llamas. Talbot comprendió: todo había acabado para los hombres de San Lupo, y volvió a sus reales, lleno de pesadumbre.

Tres horas duró el asalto. Ganada la barbacana, los aun vivos se refugiaron en el campanario — el fuerte era un convento arruinado — pero no les valió, fueron cazados, sin hallar portillo por dónde salirse del aprieto. Cayeron todos menos una cuarentena, y eran trescientos. Unos pocos, entapujados con casullas y estolas, pasaron frente a Juana; fingió creer la jocosa impiedad de los soldados — quizás no lo era, sino frío — los mandó llevar a su posada, sin permitir hacerles ningún mal:

— No quiero cuentas con gentes de iglesia—. Esta vez, sí que el hábito hizo al monje.

Viendo tantos enemigos muertos, estaba adolorida, pensando en aquellos pobrecillos finados sin confesión; confesóse con fray Pasquerel, y mandó a sus hombres hicieran lo propio, y diesen gracias a Dios por la victoria, pues si no, ella no les ayudaría más y les abandonaría.

El golpe dado al prestigio inglés fué formidable. Por primera vez desde hacía muchos años caía una fortaleza defendida por aquellos guerreros invencibles.

Juana atribuyó a Dios este triunfo — como todos los suyos — y mandó que nadie saliese en adelante a combatir sin estar confesado. Endureció la disciplina; hizo expulsar— y aun expulsó por propia mano — a las ribaldas o soldaderas; persiguió la blasfemia en grandes y chiquitos...

Al día siguiente — la Ascensión del Señor — prohibió combatir, e intimó por última vez a rendición a los ingleses. Visto cómo las gastaban con los heraldos, amarró el pergamino a una saeta, y desde la Bella Cruz, mandó a un arquero la disparase a las *Tourelles*, gritando:

— ¡ Leed! ¡ Son noticias!

Los ingleses leyeron la misiva, y Glasdale gritó brutalmente :

— ¡Nuevas de la ramera de los armañacs!

Y a Juana se le llenaron los ojos de lágrimas.

Hubo aquella tarde junta de capitanes, y se acordó un ataque a las *Tourelles*, clave del sitio, para el otro día. A fin de atar de pies y manos a Talbot, se dispuso una salida de las milicias de Orleáns contra su campamento de San Lorenzo des Orgerils. Entre tanto el ejército regular pasaría el río por la isla de las Redes, bajo San Juan el Blanco — evacuado por los ingleses — y caería sobre la bastilla de los Agustinos. Si se tomaba, seguidamente a las *Tourelles*. Tras algunas vacilaciones comunicó el plan a la Doncella, que le aprobó sin reservas.

Pero no contaron con la huéspeda, es decir, el pueblo, que quería ir a las *Tourelles* y no a San Lorenzo, y en tumulto se congregó en la puerta de Borgoña. La hallaron cerrada y guardada por Gaucourt, un hidalgo viejo que no les dejó salir. Gritos y amenazas iban en *crescendo* cuando llegó la Doncella, invocáronla los amotinados y les dio la razón. Gaucourt no era tonto, y vio mal el negocio. Según es el viento, así se arma la vela, pensó, y les dijo:

— Vamos todos muchachos, yo seré vuestro capitán...

Se metieron en las lanchas ancladas bajo la Torre Nueva, pasaron a la isla de las Redes, y desde allí, por un puente de dos barcasas, a la otra orilla. Destruyeron el fuerte de San Juan el Blanco, y reunidos todos, dieron sobre la bastilla de los Agustinos. Les esperaban. Salieron los ingleses de sus empalizadas y lanzáronles tantas saetas, dardos y virotes, que los burgueses tomaron las de Villadiego, no encontrándose seguros hasta la isla de las Redes.

Los hombres de Gaucourt — un puñado—se hicieron fuertes en las ruinas de San Juan el Blanco; estaban con ellos Aulón, el escudero de Juana, y un hidalgo español, que bien pronto probó ser hombre de redaños: Alonso de Partada. Aguantaron firme hasta que por la tarde — a eso de las tres—La Hire y la Doncella pasando el río, rechazaron — seguidos de los milicianos, ya repuestos del susto — a los "godons" hasta su bastilla. Pero aquí se entorcó el carro y no hubo manera de entrarla.

Dunois, en tanto, vio sus planes deshechos por la acometida popular, y les siguió el hilo, pues no quedaba otro remedio. Acudió con gentes y máquinas de asalto: allí estaba maese Juan con su culebrina, dispuesto a no perder lance. Total, unos cuatro mil hombres. Lo malo era que con planes y contraplanes se perdió mucho tiempo e iba ya el Sol de caída.

Gaucourt y los suyos estaban a retaguardia de la bastilla para impedir que los ingleses de las *Tourelles* ayudaran a los de los Agustinos. Unos obedecían tranquilos

y guardaban su puesto; otros fanfarroneaban que era de mujerucas estarse mano sobre mano... Aulón, Alonso de Partada y los otros jefes les tenían a raya. Sin embargo, un guerrero se salió de la fila, y tiró para adelante. Aulón le ordenó volver a su puesto; le respondió que haría lo que le diese la gana. Alonso le dijo que otros tan hombres como él obedecían. El soldado se le rió a sus barbas.

Entonces el español, llevándole aparte, le debió decir unas palabritas que es pena no haya conservado la Historia; lo cierto es que ambos, cogidos de las manos, echaron a correr hacia la empalizada.

En la entrada, desdeñando cerrar la puerta, había un inglés agigantado — un san Cristobalón por el tamaño, ya que no por las virtudes — repartiendo tales fendientes que no había quién se arrimase. De vez en vez paraba el molino, y miraba burlón más allá del corro de muertos tendidos a su alrededor, como diciendo: ¿hay más pan que rebane este fraile?

Aulón que le veía demasiado bien, dijo a maese Juan le diese boleta con su culebrina, y ni corto ni perezoso, le atinó tan bien en los pechos, que el jayán cayó sin decir Dios valme...

Alonso y el boquirroto llegaban ya, y de un salto se metieron dentro, siguiéronles todos y es de suponer lo que pasaría... Juana, en medio del ataque, batía el estandarte y daba grandes voces: — ¡A ellos! ¡Duro con ellos!



Ilustración 9. Coronación de Carlos VII en Reims (Fresco de Lenepreu, en el Panthéon, París)

... Muertos o prisioneros quedaron todos, salvo unos pocos que lograron

refugiarse en la barbacana de las *Tourelles*. Saqueóse y se incendió la bastilla. La caballería se retiró a la ciudad, quedando en el campo arqueros y ballesteros y la mayoría de las milicias comunales. Juana, mal de su grado, volvió también a Orleáns, rendida y majado un pie por un <cepo lobero... Sin embargo, a las siete de la mañana ya estaba en pie, oyendo la misa de fray Pasquerel.

Los ingleses, durante la noche, viendo perdidos los Agustinos, destruyeron el fuerte de Saint-Privé. Temían Dunois y los capitanes una concentración en San Lorenzo para atacar a la ciudad por el noroeste, ahora que estaba sin defensores, y se dijo diferían el asalto a las *Tourelles*.

El pueblo acudió tumultuariamente a la Doncella, pidiendo acabara de libertarlos.

— Así lo haré, en el nombre de Dios. Montó a caballo, y dijo según la vieja usanza:

— ¡ Que me siga quien me ame! Apenas dejaba la casa, cuando vinieron a traerle un

sábalo recién pescado en el río, y riendo, a su huésped:

— ¡ Santo Dios! Le comeremos a la cena, y os traeré un "godon" que comerá también su parte.

Y agregó: — Esta tarde volveré por el puente.

A pesar de sus temores, pasó el Bastardo el Loira con los caballeros y todo el apresto bélico. En las *Tourelles* y su barbacana, no había muchos: cosa de seiscientos guerreros mandados por milord Moleyns, y a sus órdenes, por milord Poynings y Glasdall o Glasdale, el más valiente de los ingleses. Los contrarios pasaban de cinco mil, y no podían emplearse a la vez, dada la angostura del terreno, así es que las cosas iban despacio. Los asaltos se rechazaban con energía una y otra vez, y no se conseguía nada. A mediodía todos se fueron a comer. Acabado el ágape, la Doncella agarró una escala y la arrió al muro. Un virote la pasó el hombro derecho. Ella ya lo sabía: quince días antes dijo a sus allegados sería herida en Orleáns, pero que sanaría.

Retiráronla en volandas fuera de los tiros del fuerte: se quejaba y se le rasgaban de lagrimillas los ojos. Quisieron santiguarla, es decir, curarla con ensalmos y oraciones más o menos mágicas. No quiso.

— Sé que he de morir, pero no sé dónde ni cuándo. Quiero curarme si se puede remediar mi herida sin pecado.

Despojáronla de la armadura, y vendaron la herida, tras de untarla con aceite y tocino. Se confesó con fray Pasquerel, y vio venir a santa Margarita y santa Catalina; reconfortada, se puso otra vez el arnés, y tornó al asalto.

La noche venía; temeroso el Bastardo de un ataque de Talbot, mandó tocar a retirada. La Doncella le dijo esperase todavía un poco, para que los soldados comieran y bebieran. Entre tanto, montó a caballo, y dejando el estandarte a uno de sus hombres, se apartó entre unas viñas y se puso a rezar.

Aulón, cuando ella partió, recurrió a un ardid. El que tenía el estandarte, rendido de cansancio, dejóselo a un hombre de armas de la capitanía del señor de Villars, Hamado el Vasco. Bien sabía Aulón que tras la enseña irían todos, y así dijo al flamante abanderado:

— Si yo fuese hasta el pie de la barbacana, ¿me seguirías ?

Se lo prometió, y el escudero, reparándose de las piedras con un broquelillo, descendió al foso.

Juana volvía de rezar, y animó a los hombres:

— Los ingleses están sin fuerzas, arrimad las escalas. Se asomó al foso, y viendo su enseña en manos de un desconocido, bajó hasta el fondo y asió la tela:

— ¡ Oh, mi estandarte, mi estandarte!

Pero el Vasco no soltaba — debía ser vizcaíno, que son gente terca —. Viendo bambolearse la bandera, creyeron los soldados era señal de ataque y acudieron. Aulón había llegado a la otra banda, y furioso, viéndose solo, dijo a voces:

— ¡Ah, Vasco! ¿esto es lo que me prometiste?

Al vizcaíno se le subió Vizcaya a la cabeza, o la cólera al campanario, que tanto monta, y sin andarse en andróminas, dio un tirón tan desaforado que arrancó el estandarte de manos de la Doncella, y corrió junto a Aulón...

— ¡A ellos, en cuanto la cola de mi estandarte toque en la barbacana!

Y un hidalgo gritó:

— ¡Juana, ya toca! Y la Doncella:

— ¡ A ellos, que son vuestros!

Como lobos atacaron todos, soldados, señores, burgueses, en terrible ola de asalto. Rodaban unos de las escalas al foso, pero no importaba, otros surgían, y otros, y otros... y los ingleses perdieron la muralla. Corrieron a refugiarse en las *Tourelles* por el puente de madera tendido sobre el arco roto. Pero les aguardaban dos terribles sorpresas: el puente ardía cuando la multitud guerrera le pasó huyendo; una barca cargada de estopas, sebo y resina, colocada por los orleaneses debajo y prendida fuego durante el asalto, le había comunicado sus llamas. Milores Moleyns y Poynings, sir Thomas Giffard y Glasdall defendían a los suyos con la punta de sus aceros, rabiosos como jabatos acosados. Glasdall, tenía en sus manos el viejo estandarte de Chandos, que había presidido ochenta años de victorias...

Juana miraba con tristeza a aquellos leones, grandes en la desgracia, y les gritó con voz sollozante:

— ¡Glassidas! ¡Glassidas! (Glasdall) ¡Ríndete, ríndete al Rey de los Cielos!... Me llamaste ramera, pero tengo lástima de tu alma y de la de los tuyos...

Glasdall no contestó, quiso pasar de una carrera el puente, pues ya estaban a salvo sus hombres, y oía a su espalda crecer la hoguera y reventar las ascuas... Pero los leños calcinados crujieron y cayó al río con los otros, abrazado a la vieja bandera... Murió como vivió — a lo héroe — porque es la muerte eco de la vida, y suena al mismo retintín.

Juana, petrificada de espanto, lloraba por las almas de Glassidas y de sus compañeros.

Pero no paró ahí; mal día fué este sábado para los ingleses. Los de Orleáns desde la Bella Cruz atacaban las *Tourelles* con pedreros y lombardas. Hicieron más, tendieron una larga viga — una jácena — de un lado al otro de los arcos rotos, y Nicolás de Giresne — prior de los caballeros de Malta — pasó el primero. Siguiéronle otros por aquel escalofriante puente de pesadilla, con la noche arriba y el río debajo, y los ingleses que se retiraban extenuados, toparon con otros enemigos: huir del fuego

y caer en las brasas... Cuatrocientos murieron a filo de espada o arrojados al Loira; doscientos quedaron cautivos. Los franceses perdieron cien hombres.

Por el puente, arreglado pronto, volvieron los vencedores a la ciudad, mientras parecía que todas las campanas se quebraban en repiques. Cantóse un *Tedeum*, en la iglesia mayor, y todos dieron cumplidas gracias a Dios y a los santos patronos de la villa.

Al otro día se vio a los ingleses salir de sus bastillas y formarse en buen orden, con banderas desplegadas. El ejército y los burgueses quisieron caer sobre ellos y se desplegaron enfrente.

Juana salió al campo con la clerecía.

— ¿Está mal pelear en domingo? — dijéronla los soldados.

— Primero hay que oír misa — contestó. Se veía que no quería atacarlos—. Por respeto a la santidad del día, no empecéis la batalla. No atacéis a los ingleses, pero si os atacan, contestad valientemente, y no tengáis temor, porque seréis los amos.

Juana con los suyos oyeron dos misas, una tras otra. Quería ganar tiempo.

— Mirad bien, si vuelven hacia nosotros la cara o las espaldas.

La respondieron que las espaldas, y que se iban.

— No quiere el Señor los combatamos hoy. Otra vez serán nuestros. Vamos a darle las gracias.

Se incendiaron las bastillas, tras recoger la artillería y el botín, que fué cuantioso. Libertóse a los prisioneros, entre los cuales se contaba el heraldo o rey de armas Guyena, que escapó de milagro a la chamusquina. Así terminó el cerco de Orleáns, libertado por la Doncella en nueve días.

La Hire siguió a los ingleses con un centenar de lanzas dos o tres leguas, curioso de saber dónde irían: se retiraban en correcta formación sobre Meung.

Viró para la ciudad. Sus hombres, independientes como gatos guarduños, ahora que no estaba Juana, en vez de entonar salmos, daban largos besos a sus calabazas de mostagán, y nacían las picaras canciones gasconas:

*Aye rencountra ma mia diluí*

*que s'en anava vendré de fun...*

*Lun, fun...*

*Retourna Ven, ma mia,*

*retourna t`en, que plaou...*

## **CAPÍTULO XV Tapiz de batallas y glorias**

La herida de Juana y la indolencia del Rey causaron una demora de un mes, que para los ingleses fué un gran respiro. En Tours, acuciaba a Carlos, sumido en cabildeos y consultas:

— Noble Delfín, no tengáis tantos ni tan largos consejos; id en seguida a Reims a recibir vuestra digna corona.

Pero nada lograba: la falta de dinero era el pretexto; en realidad, no había el menor deseo de ir aprisa: *il y a plus de jours que de semaines* ("hay más días que longanizas")...

Al fin pudo salir de Selles de Berry y luego de Orleáns (11 junio) para atacar la plaza de Jargeau, donde estaba Suffolk; llevaba por jefe militar a "su hermoso duque", Alengon. Se cañoneó la villa, y cayeron los arrabales; el inglés no se rendía. Al día siguiente Juana trepa por una escala, pero un pedrusco la derriba al foso. Se levantó gritando :

— ¡A ellos! ¡Dios ha condenado a los ingleses, son nuestros!

Se ganó el castillo y Suffolk cayó prisionero.

Juana no se dormía en las pajas. El 13 volvió a Orleáns; el 15 partió de nuevo hacia Meung, abandonada hacia días por los anglos; ocupó sólo el castillo del puente, pues no quería disgregar sus tropas.

Ahora empezaba de veras el peligro. Talbot se juntó con los refuerzos enviados de París a las órdenes de sir John Falstolf, y apareciendo entre Beaugency y Meung (27 junio) presentó batalla, ya de tardecita; Juana respondióle no era ya tiempo y que al día siguiente se verían de cerca. Los ingleses se retiraron, entrando en Meung.

Aquella misma noche cañoneaban las torres del puente, para asaltarlas a la mañana e ir luego en socorro de Beaugency. Pero mientras pensaban en esto, su alcaide Richard Guétin, rindió su castillo y su puente a la Doncella.

Tras este buen suceso, fueron los franceses quienes auxiliaron a los suyos del puente de Meung. A Juana le habían anunciado las "voces" una gran victoria, y no la engañaron.

Talbot y Falstolf iban a comenzar ya el pensado asalto, cuando un perseverante — especie de heraldo — les anunció la rendición de Beaugency. Inútil la operación, iniciaron la retirada, llevando consigo la guarnición de Meung, mandada por milord Scales: iban hacia Patay, para ganar luego Yenville, y de allí Étampes y París, y tan aprisa marchaban, que pronto se perdieron en las planas boscosas del Beauce... Un ciervo, espantado por los jinetes de La Hire — siempre en vanguardia — pasó por entre las líneas inglesas. Los soldados, ignorando la proximidad de sus enemigos, lanzaron el viejo grito venatorio: *taiaut! taiaut!...* y los cazados fueron ellos: los gascones cayeron como una tromba y no dejaron uno a vida... Era la vanguardia, mandada por Talbot.

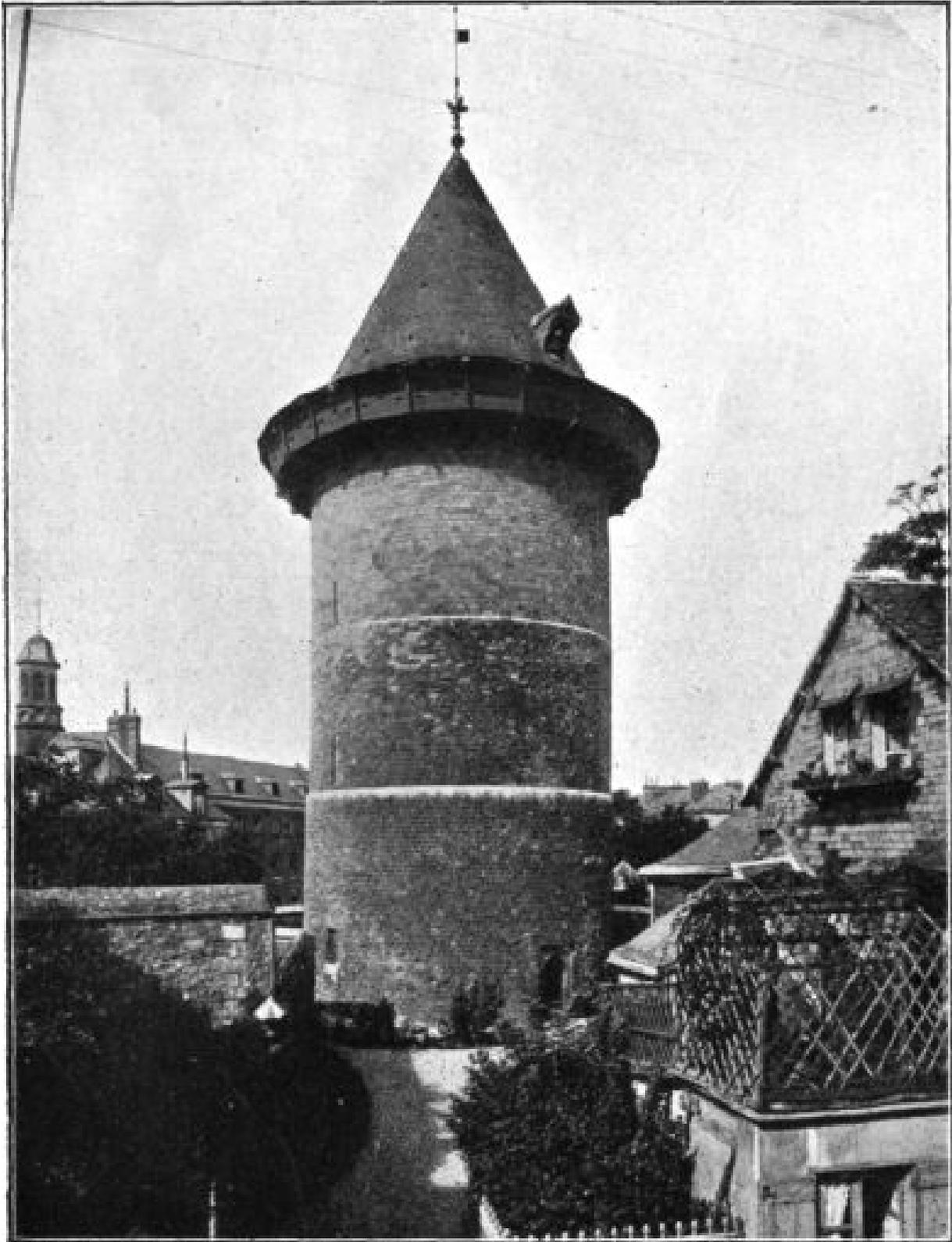


Ilustración 10. Torre del castillo de Felipe Augusto, en Ruán, donde fué encerrada Juana de Arco

Acudió la caballería en su apoyo, con Falstolf a la cabeza, pero su mala estrella hizo que por la confusión de un abanderado que huyó, cundiese el pánico, y todos le siguieran... El caudillo, a pesar del fracaso, cargó al enemigo; era inútil, sus oficiales le disuadieron, y avergonzado y mohino tomó el camino de París... Los ingleses perdieron entre muertos y prisioneros cuatro mil hombres. Talbot, el invencible paladín, con cuyo nombre asustaban las madres francesas a sus niños, se rindió a

Saintrilles. Alencon dijo al verle:

— No os esperabais esto esta mañana.

— Azares de la guerra — contestó sobriamente el britano. Meung cayó en poder de los franceses, y a Falstolf le

costó la jornada perder la liga azul de la Jarretera.

Nueve días pugnó la Doncella para arrastrar al Rey hacia Reims; al fin, el 27 de junio, partió de Gien, seguida del ejército real: unos doce mil hombres. El primero de julio llegaron a Auxerre. La ciudad no quiso abrir las puertas, pero dio víveres para las tropas. Juana quiso tomarla por asalto, pero no se siguió su consejo.

Las villas del tránsito se rendían espontáneamente: San Florentino, Brienon, Saint-Phal... El 5 por la mañana, tras una escaramuza con los angloborgoñones de la guarnición, acampó el ejército francés frente a Troya de Champaña (Troyes). No quiso entregarse... Pasaron cuatro días, y la camarilla del Rey aconsejóle desandar lo andado. Sin embargo, messire Robert Le Macón, señor de Treves, angevino, díjole convenía oír la opinión de Juana. Carlos le mandó a buscarla. Ofreció ganar la villa — por buenas o por malas — en cuatro días. No le hicieron falta tantos. En cuanto salió de la plática, montó a caballo, con una bengala — medio-bastón insignia de los jefes — en la diestra. Mandó arrimar a las murallas los ingenios de guerra y desplegar en batería los cañones; toda la noche llevó la faena. Al pintar el alba, tomó su estandarte y ordenó el asalto. Los de dentro cantaron la gallina y pidieron capitular... El Key fué generoso: perdón completo a la ciudad, y la guarnición libre de marcharse con armas y bagajes.

De otro salto llegaron a Chalons de Marne; el obispo y los conspicuos les esperaban con las llaves de la villa; la lección de Troyes había sido saludable... De allí a Reims, una jornada.

El 16 acampó el ejército en Septsaulx, a cuatro leguas de la ciudad. Posó el Rey en el castillo, y el arzobispo, que no había aún podido tomar posesión de su sede por la ocupación inglesa, entró por la mañana en la ciudad de San Remigio. A la tarde, en triunfo, Carlos — vestido con sus galas más ricas — llevando a su lado a la Doncella. El pueblo les aclamaba con gritos jubilosos: *Noel! Noel!*

Juana era incansable, y de las de al hierro caliente, batir de repente; al otro día — domingo — la coronación, que fué solemnísima y brillante. Duró cinco horas, desde las- nueve de la mañana hasta las dos de la tarde. Hizo el Rey los juramentos de rúbrica, y el duque de Alencon le confirió la orden de caballería, dándole el espaldarazo y la pescozada.

Juana, durante la ceremonia, estuvo de pie a su lado, teniendo el estandarte milagroso. Cuando todo se terminó, postróse ante él, y abrazándole las rodillas:

— Gentil Rey, ahora ya se lian cumplido los deseos de Dios, que quería viniéseis a Reims a consagraros dignamente, mostrando así que sois el Rey verdadero, a quien el reino pertenece de derecho...

Y lloró como lo que era, como una niña.

## **CAPITULO XVI Las desilusiones: París, Compiégne...**

Días después, rey Carlos fué a la abadía de Saint-Marcel a curar los lamparones, virtud que tenían los reyes de Francia después de su consagración; sanaban por el tacto, diciendo una cristiana fórmula: "El Rey te toca y Dios te cura." Recibió allí la sumisión de muchas ciudades y villas... Se sentía fuerte, ya no era aquel risible "rey de Bourges", sino el rey de Francia, y como prosperidad e ingratitud de no ser hermanas son primas carnales, comenzó a desdeñar a quien se lo debía todo. Los consejeros le ayudaron en la tarea, celosos de aquella jovencita, cuya abnegación ponía más de relieve su codicia y malas artes. Pactaron, contra la opinión de Juana, una tregua de quince días con Borgoña, pensando ganar de rositas la paz; ella, que además del consejo de sus santas tenía la vista muy clara, sabía que nada había de lograrse sino a punta de lanza.

Fiel a su consigna, quiso el Rey pasar el Sena por Bray, que tenía un hermoso puente... Pero le ganaron por la mano los ingleses, ocupándole la noche antes. Entonces decidió marchar sobre París, consejo que hacía mucho, y sin ningún fruto, le habían dado Juana y sus capitanes. Los pueblos del camino acogían al Monarca con entusiasmo. Juana se conmovió de verlo, y dijo al Bastardo, le gustaría yacer en aquella tierra.

Reinaldo de Chartres le preguntó entonces:

— Juana, ¿dónde pensáis terminar vuestros días?

— Donde Dios quiera, pues ignoro el tiempo y el lugar... ¡Quisiera Dios que pudiese volverme, dejando ya los ejércitos, e ir adonde mis padres, a guardar sus ovejas... ¡ Cuánto se alegrarían de verme!

Y la pobre se abismó en la meditación dulce de sus niñeces, de aquellos años tan sin pesares, y deseó el regreso al hogar, para descansar de sus trabajos con otros trabajos más amigables... Como la doncella guerrera del romance, diría en llegando:

— Abra las puertas, mi padre,

ábralas de par en par.

Madre, sáqueme la rueca,

que traigo ganas de hilar,

que las armas y el caballo

bien los supe manejar...

Hacia su villa de París iba el Rey, pero de mala gana. Toparon con los ingleses capitaneados por el propio Bed-ford, que no quisieron aceptar combate... Las fortalezas se seguían rindiendo: Senlis, Compiégne...

Juana habló con Alencon: quería ir a París a todo trance. El 26 de agosto acampaban en Saint-Denis...

Carlos se hacía el remolón: hasta el 9 del mes siguiente no llegó. Los capitanes

pensaron dar el asalto a la mañana.

Juana iba animosa, como siempre, pero sus santas permanecieron mudas. Comenzó el ataque por la puerta de San Honorato. Duró de mediodía hasta la tarde. Al perderse los claros, la atravesó un dardo un muslo. No se acobardó, mandó continuar el combate, asegurando se ganaría la villa... Pero vino la noche y tocóse retirada.

Al otro día, el Rey se opuso formalmente a un nuevo ataque, y rogó a la Doncella se retirase a Saint-Denis. Renovó la expirante tregua con Borgoña, y el martes 13 de septiembre, el ejército marchó en busca del Loira.

Con pena siguió Juana a su rey, pero antes, en la iglesia del patrón de Francia, dejó como exvoto su armadura blanca... "Fué por devoción — dijo más tarde a sus jueces— por lo que ofrecí mis armas al señor Saint-Denis, que es el grito de Francia."

Cierto, así sería, pero parece un símbolo colgar las armas y recordar el grito: *Mon joie Saint-Denis!* ("¡Mi gloria — o gozo — San Dionisio!")... Parece querer decir, más a la llana: Todo se terminó. Ya se acabaron mis glorias.

Y no le faltaba razón. Un mes más tarde licenciaba el Rey al ejército, y siguiéronse los ocios intrigantes de la corte, por todas las residencias reales del Poitou y de Berry. Juana se asfixiaba entre aquellas gentes tan ceremoniáticas, siempre a punto para ver las pajuelas en los ojos ajenos, pero tenía que resignarse.

A fines de octubre se rompió la inacción: mandáronla con tropas hacia el curso superior del Loira. Allí, a fuerza de heroísmo, ganó a Saint-Pierre le Moutier, o de la Iglesia, abundantemente guarnecido. Varios días de cañoneo abrieron brecha en la muralla; comenzó el asalto, y fué rechazado. Juana, con un puñado de lanzas — probablemente Aulón y sus hermanos, que nunca se apartaban de ella en los combates — volvió a la carga, y sin que nadie se explicase claramente el por qué, los defensores cedieron y la ciudad cayó...

El Consejo real mandóla a Charité de Loire; obedeció contra su gusto. Las santas permanecieron mudas. Mala señal, pues eran de las que cuando callan no otorgan... Rechazados varios asaltos, sin recibir recurso alguno que animara la empresa, hubo de levantar el sitio.

Volvió a la corte, y Carlos la trató con mayor amabilidad y largueza que nunca: ricas galas, bolsa abundante, todo... Hasta ennoblecerla a ella y a su familia — que en adelante se llamó de Lys — y darles glorioso blasón que recordara sus hazañas y servicios: en campo de azur, una espada de oro con la punta hacia arriba, sosteniendo una corona, y flanqueada por dos flores de lis... Juana nunca le usó, prefiriendo su paloma de plata.

Se buscaba, por todas las vías, convertirla en suntuosa figura decorativa. Pero no servía para el caso. Veía con pena aquella «ociosidad regalada, aquella inconsciencia placentera mientras la guerra retoñaba en la Isla de Francia y Picardía, y Felipe de Borgoña, con una pirueta más, saltaba al lado de Inglaterra... Como en los primeros tiempos de su vida heroica, rezaba y lloraba.

Las uñas del borgoñón se sintieron pronto en las villas picardas y champañesas... Juana no quiso esperar más, y partió de la corte, de su pereza dorada... No iba alegre. Sus santas hablaron poco, y ese poco de mal augurio. El 15 de abril, junto a los fosos de Melun, fueron más claras y trágicas: antes de la sanjuanada caería presa...

Obtuvo en Lagny de Mame su postrer victoria — un combate de poca monta — sobre la banda de un aventurero, Franchet de Arras, que fué ejecutado, en represalias de un francés ajusticiado en París por los ingleses.

Allí hizo también un milagro: resucitar con sus oraciones a un recién nacido muerto sin bautismo, y que una vez recibido el sacramento, falleció de nuevo. Ambas cosas fueron crímenes en el sentir de los jueces de Ruán.

En mayo de 1430, Felipe el Bueno, con borgoñones e ingleses, puso sitio a Compiégne. Juana acudió con unas cuatrocientas lanzas, y merced a una maniobra hábil, pasó entre las líneas sitiadoras la noche del 22.

Al amanecer entraba en la ciudad. Por la tarde, a las cinco, hizo una salida contra las avanzadas borgoñonas. Avanzó, y por un azar, Juan de Luxemburgo vio la maniobra desde una altura, y cargó por retaguardia con sus caballeros. Las gentes de Juana se vieron en un aprieto, y ella — valiente como siempre — atacó hasta tres veces por salvarlos. Fué inútil; los enemigos aumentaban por momentos... La cercaron, y un arquero del Bastardo de Wandonne, la derribó del caballo. Con ella cayeron prisioneros sus hermanos, y su escudero Aulón.



Ilustración 11. Suplicio de Juana de Arco, en la plaza del Mercado Viejo de Ruán (Fresco de Lenepreu, en el Panthéon, París)

## **CAPÍTULO XVII El "hermoso proceso"**

Wandonne, vasallo de Juan de Luxemburgo, cedió su presa, y éste la vendió a los ingleses en el precio del rescate de un príncipe: 10.000 libras tornesas, sacadas de tributos a los Estados de Normandía, y tras casi un año de prisiones en diversos castillos, comenzó el "hermoso proceso" —son palabras de Pedro. Cauchon — que entristece y asquea: da grima ver tantos doctores llenos de sutileza y mala fe, ensañándose en manchar el nombre y la actuación de una muchacha indefensa, y quebrantada por el cautiverio y las dolencias.

La Universidad de París solicitó juzgarla; los letrados no perdonaron a Juana sus desdenes, y sobre todo su sentido más franco de la vida. Los ingleses, aunque sabían bien el odio que los universitarios sentían por la Doncella, prefirieron un tribunal de su hechura, y completamente mediatizado. Pedro Cauchon, obispo de Beauvais, fué el presidente, cuyos añejos rencores contra la causa francesa fueron oportunamente refrescados con unos honorarios que ascendían a cosa equivalente a 100.000 pesetas. Y por si fueran aún pocas garantías, los britanos se reservaron el derecho de, si el tribunal eclesiástico no la condenaba, ponerla de nuevo en manos del rey de Inglaterra.

Después de esto, el proceso sobraba, pero en el asunto de Juana se perseguían claramente dos fines: primero, desacreditar las victorias y coronación del rey de Francia, que habían sido logradas por artes diabólicas; y, segundo, volver a la razón a los soldados ingleses, presas del pánico. El punto primero exigía probar hasta la evidencia que Juana era una hechicera, y el segundo, su pública ejecución, para que no hubiese duda alguna de la muerte, y los guerreros an-glos recobrasen su valor y disciplina. (A muchos "videntes" los despacharon sin proceso, quemándolos, o echándolos al Sena cosidos en un saco, sin ceremonia alguna.)

Sufrió seis interrogatorios públicos, en la capilla y en una sala del castillo de Felipe Augusto en Ruán, desde el 21 de febrero hasta el 3 de marzo de 1431; otros nueve en el calabozo, del 10 al 17 del mismo mes, y tras ellos se substanció el proceso.

Con mil argucias buscaban cogerla en contradicciones, hacerla caer en herejías — y ni uno ni otro es difícil cuando se va con mala fe y con tanta ventaja —; tendiendo sobre todo a hacerla confesarse embustera — recurrieron hasta amenazarla con la tortura, cuyos instrumentos la mostraron— para desacreditar así su misión.

De todo hacían escrúpulo y pecado: de su traje varonil, de los emblemas de su estandarte, de las palabras "Jesús-María" que campeaban en él, de haberle tenido durante la consagración del Rey en el templo, cuando no había ningún otro, de la fuente de las Hadas y del Mayo Galán, de la muerte de Franchet de Arras, de la resurrección del niño de Lagny...

Pero sólo lograron condenarla cuando Guillermo Erard, tras un prolijo discurso, dijo señalándola con el dedo:

— Juana, a ti te hablo, y te digo que tu Rey es herético y cismático.

— ¡A fe mía! — gritó entonces, aunque todo lo había soportado pacientemente — y con todo el respeto, os digo y os juro, bajo pena de mi vida, que es el más noble cristiano de todos los cristianos, y el que más ama a la fe y a la Iglesia, y no es lo que vos decís.

Ella moriría, pero salvaba a su Rey, y mantenía incólume la santidad de su misión.

A ese tenor fué en su totalidad el "hermoso proceso", cuya lectura fatiga por su monotonía y constante mala voluntad. Juana apeló al Padre Santo repetidas veces. No se la atendió, y a cuantos en el tribunal mostraron simpatía hacia ella — Martín Ladvenu e Isambard de la Pierre, dominicanos ambos — se les hizo callar. Se buscaba' condenarla, y se la condenó.

## **CAPITULO XVIII La muerte**

El 30 de mayo a la mañana, lleváronla en una carreta a la plaza del Mercado Viejo. En la cárcel había recibido los sacramentos, y aunque triste, iba con entereza a su martirio.

Sólo dijo durante el camino:

— ¡Ruán, Ruán! ¿es aquí dónde debo de morir?

Cuatro cadalsos se alzaban en la plaza. Uno para la clerecía: el cardenal de Inglaterra, los obispos de Beauvais, Noyon, Norwich, el viceinquisidor Juan Le Maître y copia de doctores y doctórenlos... En el otro los magistrados y autoridades de la villa, gentes de gobierno y de curia; en el tercero, Nicolás de Midi, el predicador designado, un pico de oro.

El cuarto... era la pira; a ella subió Juana, vestida de una larga camisa y con una corozca; la acompañaban tres frailes: los dominicos citados y Juan Massieu. Sobre una base de mampuesto, a la que se ascendía por gradas, se amontonaban los haces de leña, en lo alto había un poste, con un gran padrón en el cual se leía:

"Juana, que se hizo llamar la Doncella, embustera, perniciosa, engañadora del pueblo, adivinadora, supersticiosa, blasfema de Dios, presuntuosa, descreída en la fe, jactanciosa, idólatra, cruel, disoluta, invocadora de demonios, apóstata, cismática y herética."

Tras el sermón de rúbrica, leyó Cauchon la sentencia. Cuando termina, Juana, en voz alta, se encomienda a Dios, y a sus santos protectores, san Miguel, san Gabriel, santa Catalina, santa Margarita... Y concluye:

— ¡Ruán, Ruán! ¿serás tú mi tumba? ¿Es aquí donde debo de morir?

Todos lloran, hasta Cauchon... Juana pide una cruz. Un soldado inglés, uno de aquellos despiadados "godons", hace una con dos palos de la pira y se la da. Juana la besa, y la mete en su pecho... Pero quiere una cruz sacramental, y dos de 1-os frailes — Isambard y Massieu— van a buscar a la iglesia de San Salvador el Cristo de las procesiones...

Vuelven con él.

— Cuidad de que yo le tenga delante de los ojos hasta que muera.

Pasaba el tiempo. Unos gentileshombres ingleses se impacientaron :

— ¡Eh, cura! — dijeron a Massieu, que tenía por el cabo la cruz, a la que la Doncella se abrazaba — ¿es que vamos a comer aquí?

Eran sin duda de la casta de aquel mastuerzo que decía: M se muere madre, ni cenamos.

Se activaron los trámites de entrega al brazo secular, y el verdugo — probablemente maese Geoffroy Therage— prendió fuego a la pira.

Juana gritó:

— ¡ San Miguel, san Miguel! No, mis "voces" no me han engañado; mi misión era de Dios. ¡ Jesús! ¡ Jesús!

La lumbrarada la envolvió; aun se oyó su último grito:

— ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!

Y luego un montón de cenizas, que se aventan, y un corazón que no quiso arder, y que el verdugo no consigue quemar, pese a sus esfuerzos... Enrique de Beaufort, cardenal de Winchester, mandó arrojarle al Sena.

## ***CAPÍTULO XIX Venerable, beata, santa...***

Por motivos puramente políticos, Carlos VII, el rey que la abandonó villanamente, y que llevaba ya el remoquete de "Victorioso" por sus triunfos sobre los ingleses, inició el proceso de rehabilitación de Juana, que convenía para el mayor lustre de su trono. Ya los anglos habían sido expulsados de Francia — sólo conservaban Calais — y había que borrar hasta la sombra de la ilegitimidad de su reinado.

Iniciáronse las averiguaciones, en nombre del Rey, en 1450. Dos años después, el cardenal Estouteville, comenzó otras. En 1455, Calixto III — Alonso de Borja, el valenciano discípulo de san Vicente Ferrer — hizo proceder a la revisión del proceso y desfilaron numerosísimos testigos : vecinos de Domrémy, religiosos, compañeros de armas, gentes de la más alta alcurnia y gentes humildes, todos recordaron con cariño a Juanita, a Juana, a la Doncella, según cada uno la llamaba...

Ocho meses duró. El 7 de julio, en Ruán, dióse el fallo: se rehabilitaba plenamente su memoria, y se acusaba de iniquidad y dolo al tribunal que la había condenado.

León XIII, el 27 de enero de 1894, proclamóla "venerable".

Pío X, el 8 de abril de 1909, "bienaventurada".

Y Benedicto XV, el 16 de mayo de 1920, "santa".

## **PAUTA DE LAS LÁMINAS**

ILUSTRACIÓN 1. LA VISIÓN DE JUANA DE ARCO (FRESCO DE LENEPREU, EN EL PANTHÉON. PARÍS).....	4
ILUSTRACIÓN 2. CASA DE JUANA DE ARCO EN DOMRÉMY (FACHADA SUR) .....	9
ILUSTRACIÓN 3. PUERTA DE FRANCIA, EN VAUCOULEURS, POR DONDE SALIÓ JUANA DE ARCO PARA IR A LA CORTE DEL DELFÍN .....	17
ILUSTRACIÓN 4. ITINERARIO DE JUANA DE ARCO EN SU VIAJE DE VAUCOULEURS A CHINON .....	22
ILUSTRACIÓN 5. PLANO DEL SITIO DE ORLÉANS.....	27
ILUSTRACIÓN 6. RETRATO DE CARLOS VII, POR FOUQUET (MUSEO DEL LOUVRE, PARÍS) .....	35
ILUSTRACIÓN 7. ENTRADA DE JUANA DE ARCO EN ORLÉANS, POR SCHEFFER (MUSEO DE VERSALLES) .....	45
ILUSTRACIÓN 8. JUANA DE ARCO EN EL ASALTO A LA BASTILLA DE SAN LUPO (FRESCO DE LENEPREU, EN EL PANTHÉON, PARÍS).....	50
ILUSTRACIÓN 9. CORONACIÓN DE CARLOS VII EN REIMS (FRESCO DE LENEPREU, EN EL PANTHÉON, PARÍS) .....	55
ILUSTRACIÓN 10. TORRE DEL CASTILLO DE FELIPE AUGUSTO, EN RUÁN, DONDE FUÉ ENCERRADA JUANA DE ARCO .....	60
ILUSTRACIÓN 11. SUPLICIO DE JUANA DE ARCO, EN LA PLAZA DEL MERCADO VIEJO DE RUÁN (FRESCO DE LENEPREU, EN EL PANTHÉON, PARÍS) .....	65